

Carlos Taibo

El decrecimiento explicado con sencillez

Ilustraciones de Pepe Medina



5^a
EDICIÓN
AMPLIADA



Carlos Taibo

El decrecimiento explicado con sencillez

Ilustraciones de Pepe Medina

CARLOS TAIBO

Es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus obras sobre decrecimiento han sido profusamente reeditadas. Pueden mencionarse entre ellas *En defensa del decrecimiento* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009), *¿Por qué el decrecimiento?* (Del Lince, Barcelona, 2014) y *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016).

PRIMERA EDICIÓN: MAYO 2011

SEGUNDA EDICIÓN: OCTUBRE 2011

TERCERA EDICIÓN: FEBRERO 2014

CUARTA EDICIÓN: DICIEMBRE 2016

QUINTA EDICIÓN: ENERO 2019

© CARLOS TAIBO, 2019

© ILUSTRACIONES DE PEPE MEDINA

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019

FUENCARRAL, 70

28004 Madrid

TEL. 91 532 20 77

WWW.CATARATA.ORG

EL DECRECIMIENTO EXPLICADO CON SENCILLEZ ISBNE: 978-84-9097-664-7

ISBN: 978-84-9097-606-7

DEPÓSITO LEGAL: M-41.269-2018

IBIC: RNA

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ESTA LICENCIA PERMITE COPIAR, DISTRIBUIR, EXHIBIR E

INTERPRETAR ESTE TEXTO, SIEMPRE Y CUANDO SE CUMPLAN LAS SIGUIENTES CONDICIONES: ① AUTORÍA- ATRIBUCIÓN: SE DEBERÁ RESPETAR LA AUTORÍA DEL TEXTO. SIEMPRE HABRÁ DE CONSTAR EL NOMBRE DEL AUTOR.

NO COMERCIAL: NO SE PUEDE UTILIZAR ESTE TRABAJO CON FINES COMERCIALES.

NO DERIVADOS: NO SE PUEDE ALTERAR, TRANSFORMAR, MODIFICAR O RECONSTRUIR ESTE TEXTO.

LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA DEBERÁN CONSTAR DE UNA MANERA CLARA PARA CUALQUIER USO O DISTRIBUCIÓN DEL TEXTO. ESTAS CONDICIONES SOLO SE PODRÁN ALTERAR CON EL PERMISO EXPRESO DEL AUTOR. ESTE LIBRO TIENE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS ATTRIBUTION-NODERIVS-NONCOMMERCIAL. PARA CONSULTAR LAS CONDICIONES DE ESTA LICENCIA SE PUEDE VISITAR: [HTTP://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-ND-NC/1.0/](http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/) O ENVIAR UNA CARTA.

PRÓLOGO

Inicialmente estaba previsto que este libro se titulase *El decrecimiento explicado a los jóvenes*. Tengo la sospecha, sin embargo, de que los trabajos que se orientan —o al menos esto es lo que se nos dice— a permitir que *los jóvenes* mejoren sus conocimientos sobre una materia precisa algo llevan de trampa. En realidad, las más de las veces su objetivo, satisfecho o no, es otro: ofrecer en un lenguaje razonablemente sencillo algo que en la expresión más frecuente aparece con trazos complejos y poco asequibles. En tal sentido, los libros en cuestión tanto pueden servir a los jóvenes —a los que se supone más bien ignorantes y despreocupados— como a los adultos que estiman que la materia estudiada es demasiado ardua e impenetrable.

Poco importa, al cabo, lo anterior, como poco importa si quienes se acercan a este librito son jóvenes o adultos. Baste con decir que el propósito principal del autor de estas líneas no ha sido otro que ofrecer una introducción rápida y comprensible al decrecimiento y, con ella, de manera más general, contribuir a la difusión de muchos de los elementos que configuran la visión crítica del mundo contemporáneo que nace del ecologismo radical. Para deshacer posibles malentendidos, aclararé que la explicación del proyecto del decrecimiento que aquí se recoge parte de la certeza de que ese proyecto exige, por necesidad, salir del capitalismo. Se asienta, por añadidura, en la intuición de que, junto a cambios imprescindibles en nuestra conducta individual, hay que perfilar movimientos que peleen por modificar radicalmente muchas de las reglas del juego imperantes en nuestras sociedades. Y hay que hacerlo para escapar de nuestra condición de estas horas, la de genuinos esclavos de los tiempos modernos, subyugados por

los mitos del crecimiento, el consumo, la productividad, la competitividad y las tecnologías liberadoras.

Hace un par de años coincidí en una mesa redonda en Madrid con una periodista que trabajaba en uno de nuestros lamentables canales de televisión. En el debate me quejé del silencio dramático con que los medios de comunicación del sistema —tan propicios a acoger horas y horas de publicidad— obsequian a iniciativas como la del decrecimiento. La periodista en cuestión se comprometió a garantizar que en su medio —olvidemos los nombres— ese silencio fuese pronto cosa del pasado. Vaya por delante que no volvimos a saber nada de su ofrecimiento. Recuerdo perfectamente, sin embargo, qué fue lo que mi compañera de mesa redonda me preguntó cuando, un rato después, nos despedíamos. “Eso del decrecimiento”, dijo, “¿no será una cosa un poco revolucionaria, verdad?”. Acogí con perplejidad la pregunta, y lo hice entre otras razones por una: tenía al alcance de la mano dos respuestas, ambas perfectamente legítimas, de corte muy distinto. La primera me hubiera invitado a reconocer, sin más, que una percepción de los hechos, la del decrecimiento, que reivindica la primacía de la vida social, la democracia directa y la autogestión —el designio de dirigir nuestras vidas de manera autónoma— por fuerza tiene que resultar revolucionaria en un escenario, el nuestro, marcado infelizmente por otros valores. La segunda me hubiera sugerido, en cambio, la conveniencia de señalar que el del decrecimiento es un movimiento tan tranquilo como radicalmente preocupado por el porvenir de la especie humana —también por el de las demás especies que nos acompañan en el planeta Tierra—, y en ese sentido genuinamente *conservador*. Claro es que, en este caso, el último adjetivo utilizado nos sitúa en un lugar muy diferente del ocupado por nuestros conservadores oficiales, empeñados en negar que el cambio climático sea una realidad sobre la base de las opiniones del primo sevillano del señor Rajoy... Si no

somos capaces de decrecer en virtud de un proyecto consciente, racional, ecológico, social y solidario, acabaremos por hacerlo —ya estamos en ello— de la mano del hundimiento inevitable del frágil edificio que el capitalismo mantiene en estas horas.

Como el lector ya habrá apreciado, el texto de este libro se halla felizmente acompañado por una docena de viñetas dibujadas por Pepe Medina. Permítaseme la ironía de señalar que no es una buena noticia para mí: las viñetas son tan gráficas y tan contundentes que por fuerza dejan en un segundo plano las ideas que he tenido a bien volcar en estas páginas. Aun con ello, no me queda más remedio que agradecerle a Medina su plena disponibilidad para colocar su talento al servicio de estas causas, como no me queda sino esperar que esta primera colaboración se repita.

Agregaré, en fin, que el libro que el lector tiene en sus manos es una versión revisada, y actualizada de la mano de un algún epígrafe nuevo —así, el relativo al ecofeminismo— y de un epílogo, del que vio la luz, con el mismo título, a principios de 2011. Si las cuentas no me fallan, y pese al manifiesto desinterés que este tipo de textos suscita en los medios de comunicación al uso, la obra en cuestión registró cuatro ediciones. No puedo sino estar agradecido, también, a quienes lo hicieron posible.

Madrid, diciembre de 2018

¿TAN BUENO Y SALUDABLE ES EL CRECIMIENTO ECONÓMICO?

En nuestros países parece darse por descontado, desde mucho tiempo atrás, que el crecimiento económico es un hecho saludable que no tiene sino consecuencias positivas. Tan es así que la abrumadora mayoría de los dirigentes políticos, de los economistas y de los propios sindicalistas piensan que si el crecimiento falta será imposible resolver muchos de los problemas más importantes que nos acosan. Estiman, por decirlo de otra manera, que allí donde hay crecimiento económico hay también cohesión social, los servicios públicos se hallan razonablemente asentados, la pobreza desaparece y, en fin, la igualdad gana terreno.

No se trata de negar que en muchos momentos se han derivado consecuencias positivas del crecimiento económico. Lo que hay que hacer es preguntarse si lo que pudo ser verdad en el pasado sigue siéndolo en el presente o, más aún, si el crecimiento del que hablo no es hoy explicación principal de muchos de nuestros problemas. Para perfilar esta última idea bueno será que anote media docena de hechos que invitan a recelar de las virtudes que tantas veces se atribuyen al crecimiento.

1. Lo primero que hay que señalar es que el crecimiento económico no genera, o no genera de manera necesaria, cohesión social. Bastará con proponer al respecto un ejemplo. Sabido es que China ha crecido espectacularmente durante los dos últimos decenios. Nadie se atreverá a sostener

en serio, sin embargo, que ese milenario país muestra hoy una mayor cohesión social que la que exhibía veinte años atrás. Sobran las razones para afirmar, muy al contrario, que China registra en estas horas tensiones sociales cada vez más agudas que, en una clave importante, nacen de un escenario marcado por una mayor desigualdad. Al fin y al cabo, a un hecho parecido se han referido en un sinfín de ocasiones los críticos de la globalización en curso, empeñados en subrayar que esta última, aunque ha permitido en ocasiones niveles muy altos de crecimiento, en modo alguno se ha traducido en una mayor igualdad.

2. Tampoco es en modo alguno evidente que el crecimiento económico se vincule con la creación de puestos de trabajo y, de resultas, permita reducir el paro. Las últimas décadas de las economías capitalistas desarrolladas —de los países del Norte, para decirlo de forma rápida— se han traducido en un significativo crecimiento económico que se ha visto acompañado, sin embargo, de la destrucción de muchos puestos de trabajo. El hecho es tanto más llamativo cuanto que, en paralelo, el capitalismo que padecemos ha pasado a aplicar medidas que, al propiciar los contratos temporales y la precariedad, deberían haber permitido un rápido, aunque un tanto ficticio, incremento del empleo. La realidad cotidiana de nuestros países obliga, pues, a rechazar esa imagen, demasiado fácil, que identifica sin más crecimiento y empleo.

Algo similar hay que decir, por cierto, de otra afirmación mil veces repetida: la que señala que el incremento de los beneficios empresariales es saludable porque se traduce en un incremento paralelo de las inversiones productivas que reduce, inevitablemente, el paro. La experiencia más reciente obliga a identificar, sin embargo, otro destino para

esos beneficios: una omnipresente especulación que nada tiene que ver ni con las inversiones productivas ni con la creación de empleo. A la especulación se ha sumado, por lo demás, la búsqueda de una mayor productividad a través de una mayor explotación de los trabajadores, algo que, una vez más, ningún efecto saludable ha tenido en materia de empleo.

3. Un tercer hecho relevante, e inquietante, es que el crecimiento económico se ha traducido muy a menudo en agresiones medioambientales literalmente irreversibles. Es verdad que, aunque no falten, los efectos de esas agresiones no son particularmente visibles en los países ricos. Lo común es que la preservación del nivel de vida de estos últimos haya exigido, desde hace tiempo, poderosas agresiones contra el medio natural asestadas ante todo en los países del Sur.

4. Otra consecuencia delicada del crecimiento económico es la que nos habla del progresivo agotamiento de recursos que sabemos no van a estar a disposición de las generaciones venideras. Este hecho es singularmente grave, siquiera sólo sea porque nos emplaza ante una situación moral delicada: no vaya a ser que nuestro bienestar de hoy, aparente o real, se asiente en una reducción sensible en las posibilidades al alcance de quienes nos han de suceder en el planeta Tierra.

5. Varios de los elementos que he manejado hasta aquí emplazan de lleno en los entresijos de la relación Norte-Sur. Me contentaré con señalar ahora que en buena medida

el crecimiento de los países ricos depende de manera estrecha del expolio de los recursos humanos y materiales de los países del Sur. Lo que ahora tenemos entre manos nos sitúa ante otro dilema moral: bien puede suceder que nuestro aparente bienestar de estas horas nazca de una dramática reducción de los derechos de los habitantes de los países pobres.

6. No está de más que agregue una sexta, y última, observación que nos habla de algo importante que ocurre en nuestra vida cotidiana. Somos a menudo víctimas de lo que algunos autores han descrito como un *modo de vida esclavo*. En virtud de este último, tendemos a pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes consigamos consumir. En un capítulo posterior me referiré al hecho de que la identificación entre consumo, por un lado, y felicidad y bienestar, por el otro, es un formidable engaño. Serge Lattouche ha apuntado que en la trastienda de ese engaño hay tres grandes procesos, vitales para explicar por qué se ha asentado ese modo de vida esclavo del que hablo. El primero es la publicidad, un conjunto de técnicas, muy eficaces, que nos obligan a comprar lo que las más de las veces no necesitamos y, llegado el caso, aquello que objetivamente nos repugna. El segundo es el crédito, que nos permite conseguir dinero para adquirir eso que no precisamos. El tercero, en fin, es la caducidad: los bienes son producidos de tal manera que en un período de tiempo muy breve dejan de funcionar, con lo cual nos vemos en la obligación, o poco menos, de comprar otros nuevos.

Una historia muchas veces relatada refleja bien a las claras lo

que es el modo de vida esclavo. En una de sus versiones está ambientada en un pequeño pueblo de la costa mexicana. Un norteamericano se acerca a un pescador medio adormilado y le pregunta: “¿Por qué no dedica usted más tiempo a pescar?”. El mexicano responde que su trabajo cotidiano le permite atender de manera suficiente a las necesidades de su familia. El norteamericano pregunta entonces: “¿Qué hace usted el resto del tiempo?”. “Me levanto tarde, pescó un poco, juego con mis hijos, echo la siesta con mi mujer, por la tarde quedo con mis amigos. Bebemos vino y tocamos la guitarra. Tengo una vida plena”. El norteamericano lo interrumpe: “Siga mi consejo: dedique más tiempo a la pesca. Con los beneficios podrá comprar un barco más grande y abrir su propia factoría. Se trasladará a la Ciudad de México, y luego a Nueva York, desde donde dirigirá sus negocios”. “¿Y después?”, pregunta el mexicano. “Después su empresa cotizará en bolsa y usted ganará mucho dinero”. “¿Y después?”, replica el pescador. “Después podrá jubilarse, vivir en un pequeño pueblo de la costa, levantarse tarde, jugar con sus hijos, pescar un poco, echar la siesta con su mujer y pasar la tarde con los amigos, bebiendo vino y tocando la guitarra...”.



EL HECHIZO DE LAS GRANDES CIFRAS

Con frecuencia somos víctimas de las grandes cifras que se nos imponen. Y, sin embargo, hay que prestar atención a esas grandes cifras porque muy a menudo son la fuente de interesados engaños y manipulaciones.

Propondré dos ejemplos de lo que quiero decir y lo haré con el propósito de identificar las numerosas trampas que rodean a los indicadores económicos que el sistema que padecemos se empeña en aplicar. El primero de esos ejemplos nos retrotrae al decenio de 1970. Fue entonces cuando un premio Nobel de Economía, Wassily Leontieff, acometió una comparación entre los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. A primera vista tal comparación se antojaba un tanto fuera de lugar a tenor de las disparidades alarmantes que exhibían una y otra realidad. Mientras Estados Unidos contaba con el que parecía ser el sistema más desarrollado del mundo, resultado de la disposición de muchos miles de kilómetros de autopistas, de millones de automóviles y de un consumo muy alto de gasolina por habitante, China —hablo, no se olvide, de cuatro décadas atrás— no se asomaba siquiera a los anuarios estadísticos: en su territorio apenas había autopistas, el número de coches era muy reducido y el consumo de gasolina irrisorio.

Y, sin embargo, cuando llegaba el momento de calibrar cómo esos dos sistemas de transporte satisfacían muchas de las necesidades reales de la población, saltaba la sorpresa. El norteamericano medio necesitaba invertir casi una hora de viaje en automóvil para desplazarse a su trabajo, se veía comúnmente inmerso en formidables atascos que dañaban sus nervios y el medio natural para, en fin, llegar muchas veces tarde. El chino medio, en cambio, residía a cinco minutos en bicicleta

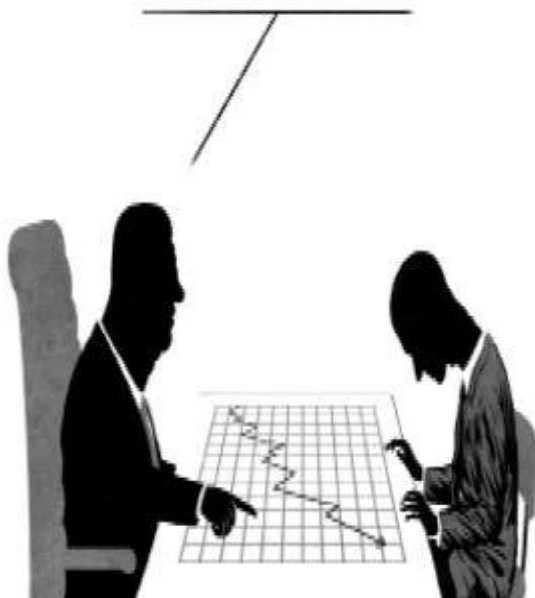
de su puesto de trabajo, podía dormir más, no padecía los efectos de atascos gigantescos y, en suma, llegaba en hora. Leontieff se preguntaba cuál de esos dos sistemas de transporte —el teóricamente más desarrollado, orgulloso de sus grandes cifras, o el más primitivo— satisfacía de manera más razonable las necesidades de la población, no sin considerar, claro, que era bien posible que el chino medio no ingiriese el número de calorías necesario para llevar adelante una vida digna.

Vayamos a por el segundo ejemplo, que nos recuerda que en 2005 el gasto sanitario anual per cápita en Cuba ascendía a 236 dólares, frente a los 5.274 que se gastaban por persona en el mismo año en Estados Unidos. Traduciré estas dos cifras para hacerlas más comprensibles: por cada dólar per cápita que se destinaba a sanidad en Cuba se desembolsaban algo más de 20 en Estados Unidos. Pese a ello, y de manera muy llamativa, las cifras cubanas en materia de esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil resultaban ser muy similares a las norteamericanas. No sólo eso: la Organización Mundial de la Salud (OMS) elabora una lista en la que se pretende clasificar los diferentes países en virtud de la satisfacción que sus sistemas sanitarios provocan entre los ciudadanos. En el año mencionado, Cuba ocupaba el puesto 36 en esa lista, frente al lugar 72 que correspondía a Estados Unidos.

Es fácil intuir a dónde quiero llegar: en nuestro conocimiento económico convencional damos por descontado que si alguien dedica veinte veces más recursos que otro a determinada actividad por lógica obtendrá prestaciones sensiblemente superiores. El ejemplo que acabo de proponer desmiente el valor universal de esa norma. Hay que prestar atención, con todo, a una dimensión subterránea de lo que he apuntado. Aunque los mejores resultados generales de la sanidad cubana con certeza algo le deberán a las capacidades propias de ésta,

a buen seguro que también estarán vinculados con algunas de las consecuencias paradójicas de la escasez. ¿En qué estoy pensando? El hecho de que, de resultas de esa escasez, la dieta alimenticia cubana registre una presencia significativa de frutas y de verduras —mucho mayor, en cualquier caso, de la que se verifica en Estados Unidos— tiene efectos positivos sobre la salud general. Otro tanto cabe decir de la precariedad del sistema de transportes en la isla, que obliga a los habitantes de ésta a caminar o a utilizar la bicicleta, con consecuencias de nuevo positivas en términos del estado de salud del país.

— Como puede ver
todo depende del lado de la mesa
en el que uno está sentado.



LAS MISERIAS DEL PRODUCTO INTERIOR BRUTO

Los dos ejemplos reseñados me sitúan en el camino de plantear crudamente las deficiencias dramáticas, y los intereses que esconden, de los principales indicadores económicos que el sistema de hoy en día maneja, y en singular del llamado producto interior bruto (PIB). Un célebre economista norteamericano, John Kenneth Galbraith, se permitió afirmar, cargado de razón, que “el nivel, la composición y la extrema importancia del producto interior bruto están en el origen de una de las formas de mentira social más extendidas”.

Si se trata de analizar críticamente los indicadores económicos que el sistema emplea, lo primero que hay que subrayar es que contabilizan como crecimiento, y como bienestar, todo aquello que supone producción y gasto. Dentro de ese *todo aquello* se incluyen, llamativamente, las propias agresiones medioambientales y los procedimientos que se proponen frenarlas o corregirlas —las agresiones generan riqueza, entonces, a través de dos caminos distintos—, los fármacos y las drogas que permiten afrontar el estrés característico de la vida en los países del Norte, los accidentes de tráfico —tiran del PIB hacia arriba las actividades relativas a vehículos remolcados, reparaciones, transfusiones de sangre, médicos y abogados—, la producción de cigarrillos o, por cerrar aquí una lista que podría ser más larga, el gasto militar.

Los indicadores que me ocupan nada nos dicen, en cambio, de elementos centrales para entender lo que sucede en nuestras sociedades. Es el caso, por encima de todo, del trabajo do-

méstico protagonizado mayoritariamente por mujeres. Christine Delphy nos ha recordado al respecto que “si cultivar una pera es producción, prepararla en la cocina también lo es”. Maurizio Pallante, por su parte, ha subrayado cómo, pese a no ser considerado en los cálculos estadísticos oficiales, el cuidado amoroso de niños y de ancianos es cualitativamente muy superior a lo que pueda hacer un trabajador asalariado. En términos generales se minusvalora el trabajo de las mujeres, y ello pese a que se halla claramente vinculado con la sostenibilidad de una vida amenazada por el capitalismo y sus reglas.

Pero hay que hablar también de lo que ocurre con la preservación del medio ambiente. Muchas veces se ha señalado que un bosque transformado en papel acrecienta el PIB, en tanto en cuanto ese mismo bosque intocado, decisivo para garantizar la vida, no se considera riqueza. Esto aparte, muchos de los elementos que incrementan el PIB exigen, sin que esto sea tomado en consideración, el consumo de recursos escasos. De resultas, las estadísticas que empleamos sólo suelen interesarse por los costos de extracción de los recursos naturales, y en modo alguno por los de reposición. Esas estadísticas rara vez prestan atención, por otra parte, a la calidad de los sistemas educativo y sanitario, y en general a las actividades que acrecientan el bienestar aun cuando no impliquen producción y gasto. En los indicadores oficiales, que tampoco se preocupan por el incremento del tiempo libre, se da por supuesto que la distribución de la riqueza es equitativa, de tal forma que, de manera impresentable, se identifica en el PIB per cápita un termómetro decisivo para evaluar los niveles de vida *de todos*.

Bueno será que proponga dos ejemplos que retratan fidedignamente lo que acabo de adelantar. El primero de ellos nos dice que si un país paga al 10 por ciento de sus habitantes para que destruyan bienes, hagan socavones en las carreteras y dañen los coches, y a otro 10 por ciento para que reparen esos

bienes, carreteras y coches, dispondrá del mismo PIB que un país en el que el 20 por ciento de los empleos se dedique a acrecentar la esperanza de vida y a mejorar la sanidad, la educación y el ocio. El segundo nos recuerda que entre nosotros menudean auténticos vicios del progreso que se nos presentan como aparentes fuentes de bienestar: mientras un tercio de la población norteamericana padece obesidad, se trabaja antes en la perspectiva de encontrar el gen correspondiente que en la de procurar un régimen alimenticio más adecuado. La obesidad provoca, sin embargo, unas 300.000 muertes anuales en Estados Unidos y genera cada año un formidable gasto sanitario que acrecienta sensiblemente, claro, el PIB...

Es inevitable que, a la luz de lo que acabo de relatar, hayan proliferado los instrumentos de medición alternativos, que toman en consideración los aspectos olvidados por los indicadores oficiales. Un ejemplo es el índice de bienestar económico sostenible (IBES), que recoge una veintena de dimensiones ignoradas por los instrumentos de medición al uso y estima que carece de sentido calibrar el bienestar sobre la base, en exclusiva, de los bienes y servicios producidos en virtud de la lógica del mercado. En consecuencia, se interesa por el trabajo realizado en el hogar y en el terreno social, calcula los costos del desempleo no incluidos en las contabilidades nacionales, descuenta los gastos vinculados con el sector militar y considera el agotamiento de los recursos naturales y el deterioro del medio.

François Flahault ha anotado que la ciencia económica dominante sólo se interesa por las mercancías —lo que se *tiene* o no se tiene—, y no por los bienes que hacen que alguien *sea* algo. No se trata de negar —entiéndase bien— que los bienes materiales son importantes: se trata de colocarlos en un escenario que permita otorgarles su justo relieve y de cuestionar, en paralelo, la bondad de los principios —más, mayor, más

deprisa, más lejos— que marcan la mayoría de las relaciones en nuestras sociedades.

LOS GRANDES PROBLEMAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Siempre es tarea delicada asumir una descripción de los que parece que son los mayores problemas que se manifiestan en el planeta. Aun a sabiendas de que me dejo en el tintero cuestiones importantes —no hablaré aquí, por ejemplo, de la secular marginación de las mujeres, de las secuelas de la hegemonía norteamericana o de la irrupción de gigantes económicos como China o la India—, a efectos de perfilar cuál es el entorno de la propuesta del decrecimiento bueno será que me refiera a cuatro grandes cuestiones: el endurecimiento general de las condiciones de trabajo, la pervivencia de la relación Norte-Sur, el agotamiento de las principales materias primas energéticas y, en fin, el cambio climático.

1. Al calor de la globalización capitalista se ha registrado en todo el planeta, en el Norte como en el Sur, un visible endurecimiento de las condiciones laborales. Las consecuencias son fáciles de apreciar en un escenario en el que los beneficios empresariales se han multiplicado y, con ellos, lo han hecho también las prácticas especulativas. Esas consecuencias asumen la forma de salarios cada vez más bajos, jornadas laborales más prolongadas, derechos sociales que retroceden y, en suma, precariedad que se extiende por doquier. Semejante conjunto de circunstan-

cias es tanto más llamativo cuanto que las organizaciones que debían hacer frente a estas agresiones —los sindicatos— en la mayor parte de los casos han preferido acatar, mal que bien, el nuevo escenario. Detrás del endurecimiento de las condiciones laborales es fácil apreciar la influencia de dos grandes mitos mil veces invocados: tanto la productividad como la competitividad obedecen a una visión de los hechos económicos claramente marcada por los intereses empresariales y son fundamentos principales de un orden, el de la mencionada globalización, que se desentiende manifiestamente de los problemas sociales y medioambientales.

2. Herencia principal de siglos de expolio de los recursos de los países pobres, la relación Norte-Sur sigue marcando hoy, y poderosamente, la vida del planeta. Su efecto mayor es la existencia de enormes diferencias entre esas dos partes enfrentadas. Recuérdese que más de 3.000 millones de personas —la mitad de la población de la Tierra— se ven obligadas a malvivir con menos de dos dólares cada día, en tanto 1.300 millones de esas personas deben hacerlo, en situación de pobreza extrema, con menos de un dólar diario. El 70 por ciento de estos pobres —de los primeros como de los segundos— son mujeres, dato que por sí solo obliga a otorgar el relieve que corresponde a eso que llamamos *feminización de la pobreza*. Más de 800 millones de seres humanos padecen problemas de hambre crónica, saldados con esa cifra espeluznante que nos recuerda que cada día mueren por efecto del hambre, o de enfermedades generadas por el hambre, unas 40.000 personas. Mientras todo lo anterior ocurre, las tres mayores fortunas personales equivalen a la riqueza conjunta de los 48 Estados más pobres. Recordaré, en paralelo, que el

20 por ciento de la población del planeta tiene a su disposición el 86 por ciento de los recursos naturales; al 2 por ciento de la población le corresponde la mitad de la riqueza, en tanto a un 50 por ciento le toca tan sólo el 1 por ciento de aquélla.

Hechos como los que acabo de invocar remiten de forma directa a la existencia de un orden internacional profundamente injusto, asentado en el intercambio desigual y en la dependencia del Sur con respecto a los intereses de las grandes empresas transnacionales radicadas en el Norte (y en su caso en las llamadas *economías emergentes*). Ello es así por mucho que estemos en la obligación de recordar que en modo alguno faltan los pobres, también, en los países del Norte opulento. Si alguien se pregunta si, desde la perspectiva del decrecimiento que expondré más adelante, reivindicamos que reduzca sus niveles de consumo una viuda que cobra una pensión de 400 euros mensuales, la respuesta es, obviamente, no. Cualquier proyecto de decrecimiento sensato tiene que ser, por lógica, y al tiempo, un proyecto de distribución radical de los recursos.

3. Muchas de las materias primas energéticas más importantes se hallan en rápido proceso de agotamiento, con lo cual es evidente que ya han empezado a escasear y que sus precios subirán. Parece evidente, en particular, que en virtud de las condiciones geológicas el volumen de petróleo que puede extraerse está irrevocablemente llamado a reducirse en los años venideros, y ello con independencia de los avances técnicos que puedan realizarse. La especie humana ha consumido hasta hoy cerca de un billón —un millón de millones— de barriles de petróleo, sobre un total de entre dos y tres billones que parece haber generado el planeta a lo largo de su historia.

No se olvide el relieve que, en todos los ámbitos, corresponde a estas materias primas, tanto más llamativo cuanto que nuestros excesos en términos de producción y de consumo nos emplazan ante horizontes delicados. Piénsese, por ejemplo, que alimentar a 5.000 millones de seres humanos conforme a las pautas hoy comunes en el mundo rico reclamaría destinar a ello todas las reservas de petróleo existentes. Esto aparte, la cadena alimentaria norteamericana consume veinte veces más energía que la que aporta en forma de alimentos y no es muy diferente lo que ocurre en Europa.

Fuera del ámbito de las materias primas energéticas los problemas no faltan. Recuérdese, por citar un ejemplo, que, según los pronósticos, los niveles de agua potable por habitante se reducirán en un tercio en los próximos veinte años y caerán a la mitad de los actuales luego de cuatro decenios. De resultas, 2.500 millones de personas entrarán en una situación crítica o la ratificarán.

4. El último de los grandes problemas mencionados no es otro que el cambio climático, consecuencia ante todo de la emisión, en los dos últimos siglos, de enormes cantidades de gases que fortalecen el llamado *efecto invernadero*. Los signos del cambio climático son varios. El primero es un ascenso planetario de las temperaturas. Existe en la comunidad científica internacional un consenso abrumador en lo que hace a la idea de que es inevitable que la temperatura media del planeta suba al menos dos grados centígrados en comparación con los niveles propios de la era preindustrial. Es verdad, con todo, que aunque en la mayoría de los casos lo que se anuncia es un incremento de las temperaturas, en algunas regiones podría registrarse el fenómeno contrario.

Un segundo efecto previsible del cambio climático es una subida en el nivel del mar. En este caso los pronósticos anuncian un ascenso de éste de entre 20 y 88 centímetros en el siglo XXI, de tal suerte que algunos Estados-isla podrían desaparecer, al tiempo que se revelarían problemas graves para las poblaciones que residen en los deltas de grandes ríos y en muchas ciudades que se hallan a orillas del mar. Pero el cambio climático genera también otros fenómenos, como es el caso del deshielo en los polos, las olas de calor, las sequías y las inundaciones. Otras secuelas importantes son las alteraciones en el ciclo de las estaciones, una mayor dificultad para hacer frente a la desertización, problemas notables en lo que se refiere al despliegue de la agricultura y la ganadería, y la mutación y desaparición de muchas especies. En lo que a esto último respecta, hemos entrado en una nueva etapa de extinción. Afectará, de aquí a mediados de siglo, a entre un 15 y un 37 por ciento de las especies vegetales y animales, que, si nada lo evita, habrán de desaparecer. Se hallan en grave peligro uno de cada cuatro mamíferos, uno de cada tres anfibios y peces, y uno de cada ocho pájaros.

Un informe encargado por el Pentágono norteamericano, que considera que un cambio climático rápido y brutal es mucho más probable de lo que se preveía, identifica con crudeza las consecuencias esperables: escasez de alimentos, descenso de la cantidad y de la calidad del agua dulce, y acceso limitado, debido al hielo y a las tempestades, a las materias primas estratégicas. Las migraciones que muchos de estos procesos pueden generar serán singularmente delicadas. Sobran los argumentos para afirmar, en fin, que la lógica de la economía de mercado a duras penas tiene utilidad alguna para frenar amenazas tan graves como las que proceden del cambio climático.



LA HUELLA ECOLÓGICA

Detrás de varios de los problemas que acabo de identificar se revela un concepto central para entender lo que ocurre en el planeta: la llamada *huella ecológica* mide en sustancia la superficie, terrestre como marítima, que precisamos para man-

tener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios concluyen que hemos dejado muy atrás —en particular los habitantes del Norte rico— las posibilidades medioambientales y de recursos que la Tierra nos ofrece o, lo que es lo mismo, que estamos chupando riquezas que no van a estar a disposición de las generaciones venideras. El crecimiento imparable de la huella ecológica, y el riesgo de colapso consiguiente, mucho le debe a un hecho fácilmente palpable: en el Norte opulento vivimos muy por encima de nuestras posibilidades. Si el nivel de vida de los europeos se generalizase a toda la población de la Tierra, precisaríamos tres planetas; necesitaríamos siete si hiciéramos lo mismo con el nivel de vida de estadounidenses y canadienses.

No se olvide que en el planeta disponemos de 51.000 millones de hectáreas, de las cuales sólo 12.000 millones son bioproductivas (1,8 hectáreas por persona). El espacio consumido por habitante del planeta es, sin embargo, de 2,2 hectáreas, por encima, pues, de las 1,8 que la Tierra pone a nuestra disposición. Un norteamericano precisa 9,6 hectáreas, un canadiense 7,2 y un español 5,7, por sólo 0,8 un indio. Vivimos, en consecuencia, por encima de nuestras posibilidades. Por decirlo en otros términos, desde el siglo XVIII estamos acrecentando sin pausa nuestra deuda ecológica. Si en 1960 empleábamos el 70 por ciento del planeta, en 1999 hacíamos lo propio con un 120 por ciento y muchos pronósticos anuncian que en 2050 nos emplazaremos, si ello es imaginable, en un 200 por ciento.

La huella ecológica remite directamente a un problema central que acabo de apuntar: los límites medioambientales y de recursos del planeta. Un problema que se puede describir de la mano de varias metáforas que dan cuenta de sus diferentes dimensiones.

1. Imaginemos que tenemos un amigo que lleva años gastando sus ahorros sin aportar, entre tanto, ningún ingreso nuevo. Parece evidente que, a menos que nuestro amigo sea inmensamente rico, su economía entrará antes o después en quiebra. Nuestra relación con la naturaleza se ajusta, sin embargo, a un esquema similar: aquélla se ha tomado millones de años para *entregarnos* unas materias primas que estamos dilapidando, rápidamente, en unos pocos decenios.

2. Supongamos que entramos en casa y nos encontramos con que el cuarto de baño se halla inundado. La única respuesta razonable a ese problema consistirá en acudir presurosos a cerrar el grifo, o a tapar la tubería, culpable de la inundación. No será, en cambio, una respuesta adecuada la que nos invite, sin más, a llenar el suelo del cuarto de baño con toallas. Y, sin embargo, y de nuevo, esto es lo que estamos haciendo: en lugar de cerrar el grifo del crecimiento, preferimos recurrir a subterfugios que no resuelven el problema principal.

3. Estamos en un barco que se mueve a una velocidad de 25 nudos camino de un acantilado con el que, si no modificamos el rumbo, inevitablemente vamos a chocar. ¿Qué es lo que hemos conseguido en los últimos tiempos al calor, por ejemplo, del llamado Protocolo de Kioto, que pretende limitar nuestras emisiones contaminantes? Hemos reducido un poco la velocidad del barco, de tal manera que ahora nos movemos a 23 nudos. Pero, comoquiera que no hemos modificado el rumbo, y aunque el choque se producirá algo más tarde, no conseguiremos evitar el acantilado.

4. ¿Por qué murió tanta gente en el *Titanic*, el barco que se hundió en 1912 y que ha sido protagonista de varias sonadas películas? La respuesta es sencilla: porque los botes salvavidas no permitían acoger al número, muy alto, de pasajeros y de tripulantes que se hallaban a bordo del buque. Eso, en términos de nuestro relato, ¿tenía remedio? La respuesta es afirmativa: el remedio hubiera consistido en dismantelar los camarotes de lujo para utilizar su madera en la construcción de nuevos botes salvavidas. Importa subrayar lo que está por detrás de esta metáfora: la solución de nuestros problemas mayores reclama, inexorablemente, que quienes nos han conducido al borde del abismo social y ecológico pierdan algo/mucho/todo de lo que hasta ahora han disfrutado.

5. Imaginemos un lago en el que hay un nenúfar. Sabemos que éste se multiplica al ritmo de dos por uno cada día: si el lunes hay un nenúfar, el martes habrá dos. Con arreglo a ese ritmo, sabemos que el lago estará repleto de nenúfares al cabo de veinte días, con lo cual las plantas, faltas de espacio vital, morirán. ¿En cuál de esos veinte días estará ocupado en su mitad el lago por los nenúfares? Aunque un razonamiento rápido invita a aseverar que será el día 10, la respuesta correcta es el 19: ese día la mitad del lago se hallará cubierta de nenúfares, de tal manera que, al multiplicarse éstos por dos, la jornada siguiente las plantas abarcarán toda la superficie. El día 18 ocuparán una cuarta parte del lago, el 17 una octava y el 16 un dieciseisavo. Pongamos por caso que estamos en el día 16. Aunque se podrá aducir que no es tan grave lo que hemos hecho, habida cuenta de que sólo una pequeña parte del lago estará cubierta de nenúfares, habrá que replicar inmediatamente que

el ritmo frenético de las agresiones desencadenadas nos coloca a sólo cuatro días del final.

Ante un escenario tan delicado como el que invocan estas cinco metáforas bueno es rescatar dos opiniones formuladas por el filósofo grecofrancés Cornelius Castoriadis. En virtud de la primera, Castoriadis confesó su perplejidad ante un hecho: quienes entre nosotros reclaman transformaciones políticas, económicas y sociales radicales son tildados inmediatamente de soñadores incorregibles, en tanto en cuanto, y en cambio, nuestros dirigentes políticos, que en el mejor de los casos razonan a dos años vista —las próximas elecciones—, se nos presentan sorprendentemente como personas ecuánimes que tienen respuestas objetivas a todos los problemas importantes. Castoriadis agregó que ante una situación tan preocupante como la que se nos viene encima deberíamos actuar como lo haría lo que llamaba el *padre de familia diligente*. Admitamos que el ejemplo que el filósofo proponía para explicar la condición de ese padre era un poco truculento. Supongamos que a un padre le dicen que es muy posible que su hijo tenga una gravísima enfermedad. Ese padre sólo podrá reaccionar —parece— de una manera: colocando a su hijo en manos de los mejores médicos para que determinen si el diagnóstico se ajusta o no a la realidad. Lo que no podrá hacer, en cambio, es quedarse cruzado de brazos sobre la base de la idea de que, si es posible que su hijo tenga una gravísima enfermedad, también es posible que no la tenga... Esta segunda actitud es, sin embargo, la común entre nosotros ante la catástrofe ecológica que con toda probabilidad se avecina.



CRECIMIENTO, CONSUMO Y BIENESTAR

La renta per cápita en Estados Unidos es hoy, en términos

reales, más de tres veces superior a la que se registraba al terminar la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo, en un país que ha experimentado un notable crecimiento económico en los tres últimos cuartos de siglo, y que ha diseñado y desplegado formidables tecnologías que debían hacer la vida más placentera, el porcentaje de norteamericanos que confiesa ser cada vez menos feliz ha ascendido claramente. Una encuesta realizada en 2005 concluía, sin ir más lejos, que un 49 por ciento de los estadounidenses declaraba ser cada vez menos feliz frente a sólo un 26 por ciento que afirmaba lo contrario.

Estamos obligados a escarbar en las razones que permiten explicar un hecho tan sorprendente como éste. Hemos escuchado muchas veces ese dicho que reza que *el dinero no hace la felicidad*. Manejémoslo con prudencia. Es verdad que en los estadios inferiores del desarrollo la disposición de dinero, la posibilidad de contar con unos u otros recursos, tiene una relación palpable con el bienestar. Si alguien se está muriendo de hambre y empieza a comer, hay, claro, un cambio sustancial, y para bien, en su estilo de vida. Parece demostrable, sin embargo, que dejados atrás esos estadios iniciales del desarrollo el consumo visiblemente excesivo al que a menudo nos entregamos en las sociedades del Norte es antes un indicador de infelicidad manifiesta que una señal de bienestar exultante.

Echaré mano de otra consideración que nos ayudará a explicar una realidad tan singular como la de hoy en día. Desde mucho tiempo atrás damos por descontado que cada nueva generación que entra vive mejor que las anteriores. Si esa percepción ha tenido su fundamento durante decenios, parece que se acumulan los argumentos para concluir que ha dejado de servirnos. Quienes empiezan a buscar hoy su primer puesto de trabajo, ¿deben dar por seguro que encontrarán un empleo decente, que cobrarán en su caso un subsidio de paro y que dentro de cuarenta o cincuenta años se beneficiarán de una

pensión? Nadie está en condiciones de responder de manera claramente afirmativa, sin margen para la duda, a estas preguntas.

En un terreno parecido, cada vez son más numerosas las personas que empiezan a añorar la vida económica y social que conocieron hace varios decenios y que consideran, entonces, que no hay ningún motivo para idolatrar el crecimiento económico y las maravillosas tecnologías que lo han acompañado. Más bien parece que uno y otras han acabado por dar alas a procesos que atentan, y gravemente, contra el bienestar general. No sólo estoy hablando del deterioro de la vida social experimentado en las sociedades ricas en las últimas décadas. Hay que tomar en consideración también las secuelas, a menudo dramáticas, derivadas de la contaminación, del estrés generalizado, de las depresiones y de la extensión de la obesidad. Más de la mitad de los cánceres parecen guardar relación con la contaminación en un escenario en el que la extensión de otras enfermedades — así, el alzhéimer— está vinculada, también, con aquélla.

La discusión que tengo entre manos guarda una relación estrechísima con otra que se interesa por el consumo. Si Sócrates repetía incansable que le gustaba visitar el mercado para comprobar de cuántos bienes no tenía necesidad, en tiempos mucho más recientes Edward Barnays ha retratado cabalmente la situación: “Las personas no tienen necesidad de lo que desean y no desean lo que necesitan”. Aunque en realidad cada vez se habla menos de *personas*. Si hace cien años nuestro lenguaje nos invitaba a identificar *obreros* y *campesinos*, hoy que parece que se imponía, para retratar tantas realidades, la aparentemente neutral palabra *ciudadanos* empiezan a despuntar dos términos patéticos: hemos quedado convertidos en meros *consumidores* y *usuarios* que, en una paradoja más, no otorgan mayor valor, permanentemente insatisfechos, a aque-

llo que compran y consumen. Qué diferencia con la actitud con la que nuestros ancianos siguen mirando y manoseando unos alimentos que en un momento determinado, decenios atrás, les faltaban.

Porque en los últimos decenios hemos asistido a la consolidación de una singularísima situación social caracterizada por dos hechos. Recordaré, por lo pronto, que muchos de los obreros/proletarios de antaño se han transformado en algo muy diferente de lo que fueron: aunque siguen presumiendo de un franco rechazo del capitalismo, prefieren ignorar que sus prácticas de consumo son las de la burguesía, pequeña o grande, al tiempo que prefieren olvidar su incapacidad para abandonarlas. Y señalaré, en segundo lugar, que mientras los niveles de consumo son formalmente altos, la pobreza, no sin paradoja, se ha ido extendiendo. Ahí están, para testimoniarlo, esos jóvenes que, tras haber abandonado prematuramente los estudios y padecer trabajos lamentables y mal pagados, visitan las hamburgueserías mientras escuchan su mp3 y parecen condenados a morir pronto en un escenario de general precariedad de las prestaciones sociales. Tal y como lo han señalado muchos expertos, si a lo largo del siglo XX en las sociedades ricas ganó terreno la clase media, hoy parece que esta última ha empezado a perder peso. Y es que disponer de un trabajo ya no es en modo alguno una garantía de salir de la pobreza.

Así las cosas, asumir una crítica del consumo y sus miserias no es una injustificable intromisión en derechos sagrados del individuo: la preservación de estos últimos se asienta con claridad en la cancelación de los derechos de muchos de los habitantes de los países pobres y de muchos de los integrantes de las generaciones venideras. No sólo se trata, pues —como reivindico en varias partes de este libro—, de reducir el tiempo de trabajo: también hay que reducir el tiempo de consumo

y rechazar la dictadura que éste ejerce sobre nuestras vidas de la mano de una fraudulenta identificación con el bienestar y la felicidad. “De todo lo que tienen, los enemigos dicen siempre: es útil, es cómodo, sirve. Y ello aunque hasta hace bien poco no lo tenían y no habían sentido nunca la necesidad de tenerlo” (Sonia Savioli).

— ¡Era cierto lo de
“consumo, luego existo”!



LA PROPUESTA DEL DECRECIMIENTO

Para explicar un aspecto central de la propuesta del decrecimiento nada mejor que recordar una disputa que mantuvieron entre nosotros, hace tres o cuatro decenios, un movimiento pacifista que empezaba a sacar la cabeza y lo que hoy llamamos *sindicatos mayoritarios*. La disputa afectaba al futuro de la industria militar: mientras los pacifistas reclamaban el cierre de las fábricas correspondientes, los sindicatos exigían, sin más, que se mantuviesen los puestos de trabajo.

Lo que los defensores del decrecimiento vienen a pedir es que un debate de naturaleza similar cobre cuerpo en los próximos años en el Norte rico, bien que ampliado a otros muchos sectores económicos, y no sólo centrado en la industria militar. Se trataría, en otras palabras, de que sectores como los del automóvil, la aeronáutica, la construcción y la publicidad — por proponer cuatro ejemplos— redujesen sensiblemente su actividad y, en su caso, la llevarsen directamente a cero.

Hay quien aducirá, con un argumento lógico, que de actuar de esta manera se disparará inmediatamente el número de desempleados existente en la Unión Europea. ¿Qué respuesta merece, desde la perspectiva del decrecimiento, semejante posibilidad? La respuesta es doble. En primer lugar, propiciaremos el desarrollo de aquellas actividades económicas que guardan relación con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto del medio natural; no se olvide que un programa de decrecimiento implicaría la creación de numerosos puestos de trabajo en ámbitos como los del transporte colectivo, las energías renovables o la agricultura ecológica. En segundo lugar, en fin, repartiremos el trabajo en los sectores económicos convencionales que inevitablemente seguirán existiendo. El resultado de la combinación de estas dos

medidas, en términos casi individuales, es fácil de describir: trabajaremos menos horas, quienes más ganan obtendrán menores ingresos, reduciremos nuestros desbocados niveles de consumo y dispondremos de mucho más tiempo libre. Parece fácil concluir que este horizonte es claramente preferible al del modo de vida esclavo del que ya he hablado.

Es importante, con todo, en relación con esta propuesta, formular dos precisiones. La primera recuerda que no se trata, claro, de llevar a cero los niveles de producción y de consumo: se trata, antes bien, de restaurar los equilibrios con el medio natural que la industrialización, la urbanización y el colonialismo han roto. La segunda subraya que el proyecto del decrecimiento no es, o no es necesariamente, un proyecto puritano. Su referente mental no es el de unos lamas que viven aislados en un monasterio en las cimas del Himalaya, y ello por respetable que pueda resultar semejante opción. En la propuesta del decrecimiento lo que destaca es una clara y alegre reivindicación de la vida social frente a esa vida obsesivamente marcada por el consumo, la productividad y la competitividad que nos ofrecen hoy, interesadamente, por todas partes. Si alguien se pregunta, por ejemplo, qué es lo que los teóricos del decrecimiento reivindican en materia de intercambio sexual, lo que reclaman es un incremento sustancial de las relaciones correspondientes, que justifican precisamente sobre la base de la necesidad de otorgar una clara primacía a la vida social.

Hay que señalar, sin embargo, que la propuesta del decrecimiento no se agota en la demanda de reducciones en los niveles de producción y de consumo en el Norte rico. Implica la defensa paralela de principios y valores muy diferentes de los hoy imperantes. Enunciaré someramente cuáles son esos principios y valores.

1. La primacía de la vida social —acabo de señalarlo— frente a la lógica frenética de la producción, el consumo y la competitividad. Es difícil imaginar que esa primacía se consolida si antes no hemos conseguido salir, y con claridad, del capitalismo.

2. El ocio creativo, frente a las formas de ocio, siempre vinculadas con el dinero y con el consumo, que se nos ofrecen por doquier. En tal sentido, el decrecimiento acarrea una crítica radical de la mayoría de las formas que ha acabado por asumir la industria cultural que nos acosa por todas partes.

3. El reparto del trabajo —lo he mencionado ya también—, una vieja y clásica demanda sindical que infelizmente fue perdiendo fuelle con el paso del tiempo, como si el *sálvese quien pueda* hubiese penetrado de lleno en la práctica cotidiana de los sindicatos.

4. La reducción del tamaño de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte. La globalización capitalista, en su dimensión de proyecto claramente centralizador y mastodóntico, ha hecho posible un irracional crecimiento del tamaño de las infraestructuras, subvencionadas con recursos públicos en provecho de los intereses y de los beneficios de una minoría.

5. La recuperación de muchos de los elementos de la vida local frente, una vez más, a la lógica de la globalización en curso. Esa recuperación debe asentarse en lugar central en una demanda de descentralización y *descomplejización*, y debe traducirse en un renacer de la vida rural frente a las megalópolis —las grandes ciudades— forjadas en los últimos decenios. Entre las consecuencias de este proceso se hallará, por fuerza, la reaparición de fórmulas de democracia directa y autogestión.

6. En el terreno individual, la sobriedad y la sencillez voluntarias, dos elementos característicos de la vida de muchos de nuestros antecesores que han sido literalmente arrasados por la sinrazón del capitalismo y de sus reglas. No está de más incluir en este terreno la defensa de proyectos que hacen de la lentitud —la educación lenta, la comida lenta— un aspecto poderoso y saludablemente articulador de la vida social recuperada. “La velocidad es la cara oculta de la riqueza” (Paul Virilio).

EL ARRAIGO DE LOS PRINCIPIOS DEL DECRECIMIENTO

Alguien podría pensar que principios y valores como esa media docena que acabo de enunciar nos sitúan fuera del mundo. Esto es: que nada tienen que ver con la organización pasada o presente de las sociedades humanas. Visiblemente no es así. Hay al menos cinco terrenos importantes en los cuales parece fácil apreciar la influencia, pasada y presente, de esos principios y valores. Examinémoslos con algún detalle.

1. La huella de esos principios y valores se ve con claridad, por lo pronto, en muchas de las prácticas históricas del movimiento obrero de siempre. Ello es así por mucho que hayan perdido terreno en virtud de la dramática aceptación, por sectores enteros de ese movimiento, de buena parte de la lógica del capitalismo. Es verdad, por lo demás, que la presencia de percepciones decrecentistas resulta más sólida en la tradición libertaria que en lo que respecta a las restantes manifestacio-

nes del movimiento obrero.

2. Un segundo terreno de reflejo práctico, cotidiano y poderoso de la filosofía del decrecimiento es el que aporta lo que de un tiempo a esta parte se llama *trabajo de cuidados*. Este último, protagonizado fundamentalmente por mujeres, se manifiesta ante todo a través del cuidado amoroso de niños y de ancianos. Ese cuidado, comúnmente alejado del dinero y de sus reglas, se asienta en la gratuidad y en la entrega, y tiene una honda dimensión ecológica. De resultas, parece que puede afirmarse que en el caso de muchas mujeres hay una comprensión espontánea de lo que significa el decrecimiento, comprensión que vendría a explicar por qué los movimientos decrecentistas registran una notable presencia femenina.

3. La propia institución familiar, en términos más generales, y no sin paradoja, refleja la influencia de principios y valores como los que aquí me interesan. Esas gentes que todo dicen fiarlo en la *mano invisible* del mercado, y que creen a pies juntillas en las bondades del capitalismo, a buen seguro que no aplican las reglas correspondientes en el interior de sus familias. Lo común es que en la institución familiar impere, de nuevo, la lógica del don, del regalo y de la gratuidad.

4. Muchos de nuestros abuelos y abuelas, y en singular los que vivían —o viven— en zonas rurales, han hecho gala de siempre de una austeridad y de una búsqueda serena del buen vivir que por desgracia hoy nos faltan en los medios urbanos. No sólo eso: han demostrado históricamente un conocimiento cierto en lo que se refiere a lo que hay que hacer para mantener una relación equilibrada con el medio natural.

5. Otro tanto cabe decir de esos pueblos que, radicados en el Sur del planeta, nos empeñamos en descalificar —eso es al fin y al cabo lo que hacemos— como si se tratase de gentes primitivas y atrasadas. Tal y como subrayaré más adelante, su

primitivismo y su atraso los sitúan a menudo muy por encima de nosotros en lo que hace al despliegue de una vida que merezca en serio el adjetivo de *social* y en lo que respecta, una vez más, al respeto del medio natural.

MENOS COMPLEJOS, MENOS URBANOS

Detrás de la propuesta del decrecimiento es fácil apreciar la influencia de dos grandes proyectos: si el primero de ellos apunta a buscar sociedades menos complejas que las hoy existentes, el segundo, estrechamente relacionado con el anterior, cuestiona abiertamente las virtudes que desde mucho tiempo atrás se atribuyen a las ciudades y reclama, en consecuencia, una vuelta al mundo rural.

Empezaré por lo de la *descomplejización* y lo haré subrayando cómo la lógica del capitalismo ha tendido inexorablemente a perfilar sociedades cada vez más complejas. En éstas, la dependencia con respecto a factores *externos* — pensemos, por ejemplo, en la energía— ha sido cada vez más notable y la posibilidad de sortear esos factores ha resultado ser cada vez más reducida. John Zerzan, un norteamericano que pasa por ser el principal teórico del *anarcoprimitivismo*, ha puesto un singular empeño en subrayar que si nos empeñamos en mantener esas complejísimas sociedades que se nos ofrecen, al final, y para resolver muchos problemas —o para aparentar que lo hacemos—, tendremos que desplegar mecanismos que recordarán poderosamente al capitalismo y al Estado. Zerzan se sitúa en la línea de antropólogos como Pierre Clastres o Marshall Sahlins, que han concluido que el ser humano era

infinitamente más feliz en la edad de la piedra, varios milenios atrás: su vida social era mucho más honda, trabajaba menos en la medida en que sólo se sentía obligado a producir para satisfacer las necesidades, y no para acumular riqueza, y mantenía, en suma, una relación equilibrada con el medio. De resultas, el activista estadounidense reivindica un retorno a pequeñas comunidades humanas —un centenar de miembros— en las cuales, por añadidura, la no delegación del poder y, con ella, la democracia directa encontrarían cabida. Menos radical, y acaso más realizable, es la propuesta de Takis Fotopoulos, quien defiende comunidades de unos 30.000 habitantes cada una. Poco importa ahora la discusión relativa a cuál ha de ser el tamaño ideal de una comunidad humana: lo que tiene relieve —parece

— es el recordatorio de que, en todos los ámbitos, debemos trabajar para perfilar sociedades menos complejas y más independientes que las que hoy existen.

Ya he señalado que lo anterior se asocia inevitablemente con una contestación de lo que la vida ha acabado por ser en las ciudades en general, y en las megalópolis en particular. Y ello es así hasta tal punto de que puede afirmarse, sin mucha exageración, que “lo del capitalismo no es sino otro nombre que le damos a la ciudad. A quien no intercambia, no acoge, no disfruta de lo que tiene, no comparte. A quien acumula e ‘invierte’ y ‘consume’. A quien se apropia y conquista y adquiere, y en todo, incluso en aquello que adquiere y devora y ostenta, busca el poder y el predominio” (Sonia Savioli). Porque la ciudad es un escenario difícilmente vivible. Comemos alimentos intragables, recibimos una educación cada vez más lamentable, padecemos manipuladores medios de comunicación, mantenemos relaciones humanas extremadamente pobres, vivimos en casas inhabitables y compramos productos que no necesitamos. Los niños, que no saben los nombres de

los árboles, conocen, sin embargo, un sinnúmero de marcas comerciales y están a menudo al día de los últimos *avances* tecnológicos en materia de juegos, reproductores de música o Internet.

Parece como si, en otras palabras, hubiera empezado a desvanecerse todo aquello que atrajo a las ciudades a tantas gentes del campo. En este último, en cambio —y utilizo el presente con alguna cautela—, los campesinos rara vez se sienten solos. Habitan un universo conocido, gustan de la conversación y de la vida social, y mantienen con el medio natural una relación respetuosa mutuamente enriquecedora. La ciudad, en cambio, “ha nacido para dominar. Cerrada entre sus muros, que excluyen al resto del mundo y ven con absoluta indiferencia cómo éste sufre y muere, los ciudadanos consumen, despilfarran, se atontan borrachos, mandan sus milicias para que se entreguen a vejaciones y saqueen el campo. Y esperan, inconscientes y bebidos, la próxima peste que los exterminará. Siempre ha sido así. En la antigüedad, en la edad media, en la época moderna. Sólo que ahora la ciudad domina el mundo entero, y la próxima peste podría ser la última” (Sonia Savioli).

- ¿Hace cuánto dices que no venias al pueblo?



DECRECIMIENTO Y DEMOGRAFÍA

Hay que preguntarse por la dimensión demográfica del proyecto del decrecimiento. Si en términos generales debemos afirmar que, comoquiera que vivimos en un planeta con recursos limitados, no tiene sentido imaginar que podemos crecer ilimitadamente, el mismo argumento debe aplicarse en el

terreno de la población: la Tierra impone topes obvios al crecimiento de ésta.

Hay que recordar, eso sí, que en el discurso oficial se nos repite una y otra vez que el problema demográfico se halla en vías de solución. Ese discurso identifica desde tiempo atrás una reducción en el ritmo de crecimiento de la población mundial que conducirá, en la segunda mitad del siglo XXI, a una estabilización de aquélla en torno a los 10.000-12.000 millones de habitantes. Subrayaré que el argumento no es de gran consuelo: si hoy, con 7.500 millones de habitantes, los problemas son hondos y numerosos, qué no ocurrirá dentro de unos pocos decenios, cuando la población se haya incrementado en 3.000 o 4.000 millones de seres humanos y cuando los problemas de escasez sean, por añadidura, aún mayores que los del momento presente.

Parece preciso señalar, con todo, que el problema que me interesa ahora no es estrictamente demográfico. Remite, antes bien, a las grandes claves políticas, económicas, sociales y ecológicas de construcción de nuestras sociedades. A la pregunta relativa a cuántos seres humanos puede mantener razonablemente el planeta Tierra hay que responder con un *depende*: depende de cuál sea el modelo de ser humano que tomemos en consideración. Si estamos pensando en los niveles de consumo de un habitante de Burkina Faso o de Mali, la Tierra acaso puede *mantener* a 23.000 millones de seres humanos. Si en la cabeza tenemos, en cambio, a un madrileño o a un barcelonés que viaja una vez al año a Cancún y otra a las islas Seychelles, la Tierra no da para *mantener* a 800 millones de seres humanos. Las cosas como fueren, y en relación con el momento actual, parece que puede afirmarse que lo que sobran no son seres humanos, sino aviones y automóviles.

Más allá de todo lo anterior, resulta evidente que la propuesta del decrecimiento tiene que traducirse en activas políticas de

control de la natalidad, cimentadas en la idea que antes manejé: la población no puede crecer incontinentemente en un planeta con recursos limitados. Es importante, aun así, que subraye que esas políticas de control ninguna relación deben guardar con un proyecto que alientan, sin duda, determinados circuitos de poder: el que conduce a la exclusión, y en su caso al exterminio, de una buena parte de la población planetaria.

Tampoco está de más que en este punto recuerde que la pregunta que me he formulado unas líneas más arriba —la relativa a cuántos seres humanos puede mantener la Tierra— arrastra más de un equívoco. Alguien dirá, cargado de razón, que no sólo debemos preguntarnos por los miembros de nuestra especie: que tenemos que garantizar en plenitud, en paralelo, los derechos de las otras muchas especies que comparten con nosotros —voy a suponer que es así— el planeta.

EL ECOFEMINISMO

Una de las perspectivas, y uno de los movimientos, cuyo despliegue se ha realizado en paralelo con el del decrecimiento es el ecofeminismo. Si así se quiere, este último plantea dos discusiones fundamentales. La primera remite a la relación entre las mujeres y la naturaleza, y lo hace sobre la base de la percepción de que hay un nexo significativo entre la dominación que padecen las mujeres y la que se hace valer sobre el medio natural. En este orden de cosas, y por añadidura, a menudo se ha subrayado que la biología femenina sitúa a las mujeres más cerca de la naturaleza: las mujeres son, al fin y al cabo, creadoras de vida. Las agresiones que padece el medio guardan

una relación estrecha con la dominación patriarcal, merced al concurso paralelo de un abrumador control masculino sobre la agricultura y sobre la reproducción. De resultas, la obtención de beneficios se impone una y otra vez sobre la vida y sus demandas.

En un segundo escalón, el ecofeminismo se interesa por subrayar de qué manera el capitalismo se entrega a una permanente invisibilización del trabajo de las mujeres. Este último se ve menospreciado por cuanto, y al menos en su dimensión de trabajo de cuidados, no genera comúnmente un valor monetario. Y, sin embargo, sobran los motivos para concluir que las mujeres son vitales a efectos de crear y mantener la fuerza de trabajo a través de la crianza, del encaramiento de las *necesidades básicas* o del apoyo en el terreno emocional. Aunque una y otra vez se olvide, el cuidado amoroso de niños y de ancianos es al respecto decisivo para el mantenimiento de la vida humana y, con él, para el del propio sistema económico.

No faltan, con todo, dentro del ecofeminismo, corrientes que muestran un empeño singular en recordar que la lucha de las mujeres debe trascender el objetivo, muy caro al feminismo vinculado con las instituciones, de alentar sin más la igualdad en el terreno político y social. De lo que se trataría, antes bien, es de acabar con aquellas instancias que, hoy manifiestamente masculinas, promueven la desigualdad, y no de incorporarse a ellas. En este ámbito son muchas las ecofeministas entregadas a la tarea de estudiar las complejas relaciones existentes entre género, clase, *raza*, colonización y naturaleza. Buena parte de esas reflexiones bebe de la certificación del papel decisivo que, en los cinco continentes, han desempeñado las mujeres en muchas luchas populares, con frecuencia en defensa, por cierto, de la propia naturaleza. Y muchas de ellas recuerdan cómo en las últimas décadas, y en las sociedades

opulentas, han sido mujeres inmigrantes las que han asumido el trabajo de cuidados, mientras dejaban en manos de otras mujeres, en sus lugares de origen, las tareas correspondientes.

¿QUÉ PODEMOS HACER?

Son muchos los libros que ofrecen información sobre alternativas prácticas frente a las reglas del sistema que padecemos. Aquí me contentaré con rescatar algunas propuestas generales al respecto, no sin antes proponer dos ideas centrales. La primera subraya que el decrecimiento es un proyecto que tiene por fuerza que combinar lo individual y lo colectivo. Si, por un lado, carecería de sentido que promoviésemos cambios radicales de la mano de un trabajo organizativo muy audaz cuando en nuestra vida cotidiana no somos capaces de asumir esos cambios, por el otro tampoco tendría sentido que alentásemos transformaciones importantes en nuestras vidas sin pelear de manera organizada, y colectiva, para modificar las reglas del juego hoy imperantes. La tarea, en cualquier caso, no es fácil, toda vez que llevamos interiorizadas las reglas del capitalismo, y salir de ellas no es sencillo, ni el terreno individual ni en el colectivo. La segunda de las ideas a las que hay que prestar atención subraya el vigor de la cooperación —el apoyo mutuo

— y del ejercicio de compartir, frente a la defensa omnipresente de la individualidad, de la competición, del *todo vale* y, con ellos, de la intuición de que sacrificarse en algo es propio de los derrotados, nunca de los triunfadores. La propuesta del decrecimiento se enfrenta —no lo olvidemos— a la sociedad

de la agresividad y pretende sustituirla por otra basada en la cooperación y la solidaridad.

Si tengo que resumir en unos cuantos enunciados por dónde deberían discurrir muchas de las secuelas prácticas del decrecimiento, una manera de hacerlo es la que sigue.

1. Hay que reducir los niveles de consumo en muchos ámbitos, en un escenario en el que debe premiarse el uso razonable de los recursos. De producirse éste, la electricidad, el gas o el agua podrían ser gratuitos, de tal manera que sólo los pagasen —y a precios sensiblemente superiores a los actuales— quienes hiciesen un uso inmoderado de esos recursos. A quien deje de utilizar el coche se le podría premiar, sin ir más lejos, con un transporte público gratuito.

2. Hay que reducir los desplazamientos que implican consumos fuertes de energía. En ese sentido es preferible caminar y moverse en bicicleta que emplear el automóvil, como es preferible compartir este último antes que utilizarlo en solitario. El transporte público debe merecer, por lo demás, una clara prioridad. La de trabajar desde casa es, en suma, una opción cada vez más posible (aunque conviene recelar de la opinión, muy extendida, de quienes piensan que los ordenadores nada tienen que ver con consumos muy altos de energía y no son responsables de agresión alguna contra el medio natural).

3. Hay que alejarse de la televisión y de la radio, y con ellas de sus gritos y de la propaganda que incluyen. Al tiempo, hay que huir de las campañas comerciales que nos exhortan a comprar o nos obligan a asumir la lógica de un regalo que debe ser adquirido, nunca autoproducido, en determinadas fechas. Tenemos que sopesar seriamente si pre-

cisamos de las últimas tecnologías que nos ofrecen y esquivar los productos que van acompañados de onerosos embalajes. Debemos rehuir las grandes superficies permanentemente abiertas, que lo normal es que asuman regímenes laborales extremadamente duros para los trabajadores.

4. Hay que comprar productos generados en las cercanías del lugar en que vivimos, y ello tras estudiar cómo se producen los bienes y premiar aquellos que reflejan proyectos marcados por la justicia y la igualdad. Frente a la general *mcdonalización* que se nos ofrece, debemos pensar en lo que comemos, y dedicar a la comida más tiempo, otorgándole una dimensión social de la que hoy carece.

En términos generales hay que procurar que las cosas se hagan con sentido y con calma.

5. Hay que compartir los bienes con los vecinos —una lavadora para un portal, todo tipo de productos culturales—, de la misma forma que hay que comprar bienes usados y reparar aquellos que ya tenemos. Reutilizar y reciclar los bienes es siempre recomendable —resulta mucho más fácil cuando esos bienes son duraderos—, como lo es intercambiarlos y promover su donación en provecho de quienes los precisan.

6. Hay que rehuir el sistema bancario, al tiempo que se buscan iniciativas locales y éticas de financiación y ahorro. Por razones obvias, hay que eludir, también, la bolsa y la especulación.

7. Hay que preguntarse para qué se trabaja tantas horas, como hay que pelear para reducir la jornada laboral y repartir entre todos el trabajo. En general, lo que hay que procurar es consumir menos y disponer de más tiempo libre.

8. Hay que abrir nuevos espacios de autonomía que, de la mano de las redes de economía social, reduzcan las dependencias en todos los órdenes. En este ámbito pueden promoverse iniciativas varias, como es el caso, y son ejemplos entre muchos, de las vinculadas con las redes de consumo, el cooperativismo, los bancos de tiempo —permiten intercambiar servicios sin intercambiar dinero—, las monedas sociales —alientan el desarrollo del comercio y de la economía locales— o los bancos de alimentos —sin ánimo de lucro, y casi siempre a través de trabajo voluntario, se proponen conseguir los alimentos que sobran en supermercados o restaurantes para hacer frente a necesidades perentorias—.

DECRECIMIENTO Y PAÍSES DEL SUR

Es frecuente que alguien se pregunte si el proyecto del decrecimiento, que ya sabemos que en una de sus dimensiones demanda reducciones en los niveles de producción y de consumo, debe ser objeto de aplicación también en los países del Sur. A esta pregunta conviene responder con un *no, pero*. Lo del *no* parece que se justifica por sí solo: si la renta per cápita en Burkina Faso es treinta veces inferior a la nuestra, no sería razonable reclamar, por razones obvias, que los habitantes de ese castigado país reduzcan sus niveles de consumo. Hay que justificar, sin embargo, el *pero*: los habitantes de ese castigado país deben tomar nota de lo que nosotros, en el Norte opulento, hemos hecho mal, siquiera sólo sea para no repetir los

mismos errores.

El del decrecimiento es, por lo demás, un proyecto que tiene una dimensión ética solidaria en el terreno que ahora me interesa. Para dar cuenta de esa dimensión, nada mejor que rescatar un debate hoy en día muy vivo: el que nace de la conciencia de que, si países como China y la India empiezan a alcanzar los niveles de consumo propios de las sociedades occidentales, pronto se hará evidente que la Tierra, con sus recursos, no podrá atender las demandas correspondientes. La reacción ante esa certeza no puede consistir, sin embargo, en negar a chinos e indios el derecho a disfrutar de aquello de lo que nosotros disfrutamos. Más razonable parece decrecer en cuanto a producción y consumo en el Norte rico para de esta manera disponer de un argumento moral sólido que nos invite a pedir a otros que asuman conductas más moderadas y huyan del hiperconsumo que lastra poderosamente a las sociedades opulentas.

Afirmar, en otro orden de cosas, que el crecimiento de los países ricos es vital para que sigan creciendo los pobres es ignorar una realidad muy diferente: la del expolio de los recursos humanos y materiales de los segundos en provecho obscuro de los primeros, y la de la dependencia consiguiente de los países pobres con respecto a decisiones que reducen a la nada su soberanía. La sugerencia de que los partidarios del decrecimiento ningún interés tienen por la situación de los países pobres choca frontalmente, en suma, con el currículo personal de muchos de aquéllos, que muy a menudo han dedicado buena parte de su vida y estudios a la consideración de lo que ocurre en el Tercer Mundo y a una crítica radical de la relación Norte-Sur. No son, por lo demás, quienes se han entregado a la solidaridad con los países pobres quienes hoy cuestionan el proyecto del decrecimiento, sino, más bien, aquellos que han propiciado el asentamiento del intercambio

desigual y de la dependencia.

Con estos mimbres no puede sorprender que también en el Sur del planeta hayan empezado a manifestarse movimientos por el decrecimiento. Si así se quiere, su origen es triple. Una primera explicación llega de la mano de la condición, muy singular, de países, o de áreas de países, que en los hechos se hallan a mitad de camino entre el mundo opulento y el Sur pobre. En esos lugares, y por razones obvias, se revelan muchas de las secuelas negativas del crecimiento económico y se hace valer la necesidad inexorable de darles respuesta. Una segunda razón se vincula con la existencia de megalópolis en las cuales, de nuevo, se aprecian con singular claridad los efectos nocivos del crecimiento económico más irracional. Muchas de las demandas formuladas por el movimiento de las *Transition Towns*, las ciudades en transición, son de aplicación vital en el caso de esas megalópolis.

Subrayaré, en fin, que en el origen de los movimientos que — haciendo uso del término *decrecimiento* o vinculándose con visiones más o menos próximas— han surgido en los países pobres hay una clara conciencia en lo que respecta a la necesidad urgente de reavivar muchas tradiciones autóctonas arrinconadas por el imperialismo y el colonialismo occidentales. Ya he señalado que en la realidad cotidiana de esos pueblos que a menudo descalificamos como si fuesen primitivos y atrasados se revelan con frecuencia una mayor vida social, el designio de producir para satisfacer estrictamente las necesidades, y no para obtener beneficios, la búsqueda permanente de un tiempo de trabajo limitado y, en suma, una relación equilibrada con el medio.

Bueno será que, a efectos de perfilar lo que acabo de decir, rescate tres historias que nos emplazan de lleno en ese mundo de los pueblos *atrasados*. La primera de esas historias nos sitúa en un lugar perdido de la Amazonia brasileña. Un lugar

poblado por una tribu de indios que se dedicaban ante todo a cortar leña con instrumentos extremadamente primitivos. Unos misioneros que accedieron a esa región, al percatarse del duro trabajo de los indios, decidieron regalar a éstos unos cuchillos de acero inoxidable de fabricación norteamericana. Un par de años después los misioneros regresaron y uno de ellos preguntó —era inevitable— por los cuchillos. La respuesta fue inmediata: su utilidad era evidente, toda vez que los indios tardaban ahora diez veces menos tiempo en cortar la leña. Comoquiera que el misionero diese por descontado que, entonces, estaban produciendo diez veces más leña que antes, recibió inmediatamente una rotunda réplica: obtenían la misma cantidad de leña que antes, en el buen entendido de que ahora disponían de diez veces más de tiempo para dedicarlo a aquello que objetivamente tenía que ver con su bienestar y su felicidad... Parece evidente —agregaré— que entre nosotros se ha desvanecido lamentablemente el *chip* mental que los indios conservaban en su cabeza.

La segunda historia la cuenta el economista ecuatoriano Alberto Acosta y dice así: “Una vez, un padre de una familia acaudalada llevó a su hijo a un viaje por el campo con el firme propósito de que viera cuán pobres eran las gentes. Estuvieron por espacio de un día y una noche, completos, en una granja de una familia campesina muy humilde. Al concluir el viaje, y de regreso a casa, el padre le preguntó a su hijo: ‘¿Qué te pareció el viaje?’. ‘Muy bonito, papi’. ‘¿Viste qué tan pobre puede ser la gente?’. ‘Sí’. ‘¿Y qué aprendiste?’. ‘Vi que nosotros tenemos un perro en casa; ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina que llega de una pared a la mitad del jardín; ellos tienen un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio; ellos tienen las estrellas. El patio llega hasta la pared de la casa del vecino; ellos tienen todo un horizonte de patio. Ellos tienen tiempo para conversar y estar en familia; tú y mamá tenéis

que trabajar todo el tiempo y casi nunca os veo'. Al terminar el relato, el padre se quedó mudo... y su hijo agregó: 'Gracias, papi, por enseñarme lo ricos que podemos llegar a ser'". Concluiré que salta a la vista que unos y otros, en el Norte y en el Sur, muestran a menudo una diferencia abismal en lo que se refiere a la determinación de qué es la riqueza y qué la felicidad.

Rescataré, en fin, una reflexión que se revela con frecuencia en los escritos de uno de los principales teóricos del decrecimiento, Serge Latouche, quien ha trabajado durante años sobre África. Latouche nos recuerda que es frecuente que en la Europa occidental se revele mala conciencia en relación con África. Esa mala conciencia nace de un recuerdo preciso: el del expolio de los recursos humanos y materiales del continente acometido por el hombre occidental desde hace siglos. Y se concreta muy a menudo en la idea de que hay que ayudar, como recompensa, a los africanos. Latouche responde provocadoramente que hay que sopesar una perspectiva muy diferente: la de dejarnos ayudar por ellos. ¿En qué sentido? Muchas sociedades africanas han demostrado, en condiciones de extrema penuria, una formidable capacidad para resolver sobriamente los problemas de la mano de redes marcadas por la solidaridad y el apoyo mutuo. Es ésa una capacidad que los habitantes del Norte rico hemos perdido, lamentablemente, y que haríamos bien en recuperar de la mano de un estudio concienzudo de lo que se hace en tantas sociedades africanas. Latouche concluye, en un argumento visiblemente provocador, que la mejor manera de ayudar a los africanos es la que pasa, literalmente, por dejarlos tranquilos, al margen de nuestras tramas comerciales, de nuestras maravillosas tecnologías, de nuestras populosas ciudades, de nuestros ejércitos y de nuestro dinero.



SALIR DEL CAPITALISMO

Importa, y mucho, explicar qué es lo que desde el decrecimiento se piensa en relación con el capitalismo y su futuro. A menudo se ha discutido, en particular, si es imaginable un programa de decrecimiento dentro del capitalismo. Admitiré que responder a esta cuestión es delicado: hay suficientes di-

ferencias entre las distintas propuestas del decrecimiento para que cualquier respuesta rotunda esté de más. Si concibiésemos el decrecimiento, por ejemplo, como un mero proyecto de cambio individual o desplegásemos sólo alguno de los principios y valores de los que antes he hablado, la lógica de fondo del capitalismo apenas se resentiría.

Pero, dicho esto, conviene agregar que la mayoría de las versiones del decrecimiento señalan que hay que salir con urgencia del capitalismo. Más aún, reivindican una especie de síntesis entre muchas de las luchas del movimiento obrero de siempre y las derivadas de la conciencia de que significa la crisis ecológica. Si se trata de volcar este argumento en una consideración sobre la obra de Marx, lo que esas versiones del decrecimiento nos dicen son dos cosas. Por un lado sugieren que hay que corregir las innegables carencias que esa obra arrastra, toda vez que en la segunda mitad del siglo XIX Marx no fue comúnmente consciente de la hondura de un problema que hoy, por razones obvias, nos parece decisivo: los límites medioambientales y de recursos del planeta. Pero, por el otro, señalan que hay que preservar la crítica que Marx realizó de la mayoría de los elementos propios del capitalismo y de la explotación, del trabajo asalariado y de la mercancía.

La urgencia de salir del capitalismo no nace sólo de consecuencias ineludibles en la propuesta del decrecimiento. Tiene en nuestros días un fundamento adicional en la visible corrosión que acosa al propio capitalismo. Si este último ha demostrado históricamente una formidable capacidad de adaptación a los retos más dispares, esa capacidad está hoy en entredicho de la mano de un sistema que, llevado del deseo de multiplicar espectacularmente sus beneficios en un período de tiempo extremadamente breve, acaso está cavando su tumba. En un sentido paralelo, la eficacia innegable que el capitalismo demostró en el pasado —era un sistema injusto, explotador y

excluyente, pero las más de las veces permitía alcanzar los resultados esperados— parece haberse diluido rápidamente en el presente en un momento en el que luego de rechazar orgullosamente todo tipo de intervención pública en la economía, los grandes empresarios han acabado acogiéndose a ayudas estatales que anuncian, por cierto, la reaparición de muchos de los elementos que nos han conducido a la crisis actual.

Más allá de lo anterior, sobran las razones para afirmar que el capitalismo es manifiestamente incapaz de encarar el problema de los límites medioambientales y de recursos, de tal forma que, al amparo de la pervivencia del propio capitalismo, todo invita a concluir que la crisis ecológica se ahondará. En este terreno hay que recelar, en particular, de las propuestas que apuntan a perfilar un *capitalismo verde* empeñado en mantener la esencia del sistema actual, esto es, empeñado en garantizar que es la vida de los seres humanos la que debe seguir adaptándose a las necesidades del capital. También hay que desconfiar, por cierto, de esas empresas que nos intentan vender su presunto respeto por el medio ambiente y por los derechos sociales. ¿Qué habrán hecho antes para que precisen de semejantes formas de autopropaganda?



LAS CRÍTICAS AL DECRECIMIENTO

No son muchas las críticas que el proyecto del decrecimiento ha suscitado hasta ahora. Si así lo queremos, pueden organizarse en tres grandes posiciones.

1. La primera de ellas nace de los circuitos oficiales de los sistemas que padecemos. Lo común es que en esos circuitos

se ignore sin más lo que los decrecentistas dicen y reivindican, acaso por estimar que la propuesta correspondiente es una extravagancia que no merece sino desprecio. Por detrás de este juicio es fácil apreciar la influencia de los economistas que trabajan para el sistema en cuestión, incapaces de someter a revisión los fundamentos de su disciplina.

Es verdad, con todo, que en algunos casos se reconoce a los decrecentistas buenas intenciones que se toparían, sin embargo, y siempre desde el discurso oficial, con tres obstáculos. El primero sería la presunta condición catastrofista — y digo *presunta* porque cada vez es mayor el consenso científico en lo que respecta a las delicadísimas secuelas de la crisis ecológica— del diagnóstico decrecentista; al respecto se recuerda a menudo cómo en el pasado muchos diagnósticos más o menos similares demostraron no ajustarse a la realidad. El segundo lo aportaría la posibilidad de que la aparición de nuevas tecnologías —a ella dedicaré el epígrafe siguiente— permita resolver problemas que hoy nos parecen inabordables, una confianza muy común en el discurso de quienes definden los sistemas hoy imperantes. El tercer y último obstáculo lo plantearía, de forma un tanto sorprendente, la afirmación de que lo del decrecimiento, saludable o no, es literalmente irrealizable, con lo que no queda otro remedio que dejarlo en el olvido. Es muy importante subrayar cómo esta última visión, muy extendida, parece considerar que lo mejor que podemos hacer es encaminarnos orgullosa y felizmente hacia el abismo, un poco a la manera de lo que hicieron algunos pasajeros del *Titanic* que, cuando el barco se hundía con ellos a bordo, prefirieron seguir bebiendo champán mientras bailaban al son de un vals. Sonia Savioli retrata bien esta locura: “Los enemigos dicen siempre que ‘no se puede dar marcha atrás’. Es curioso que los habitantes de un planeta esférico que da vueltas sobre sí mismo y en torno al Sol hablen siempre de ‘ir hacia delante’. Como si esperasen salir de ese planeta. ¿Para

lanzarse al abismo?”.

2. Una segunda posición crítica ha nacido en el marco de determinados segmentos de la izquierda que se vinculan, con razón o sin ella, con el pensamiento de Marx. En realidad, las contestaciones del decrecimiento que han surgido en ese ámbito no son propiamente tales: la mayoría de las veces lo que hacen es ignorar, sin más, la existencia de la crisis ecológica. Si es verdad que en determinados círculos del ecologismo radical se ha abusado del concepto de *huella ecológica* — como si sirviese para fundamentarlo todo—, no lo es menos que en las posiciones que ahora me interesan lo que destaca es una ignorancia supina en lo que se refiere al significado de ese concepto y, con ella, la superstición de que el final del capitalismo resolverá mágicamente los problemas. Al margen de lo anterior, estas posiciones abusan a menudo de la multiplicación de citas de Marx — como si, para asentar lo que decimos, precisásemos siempre del pensador alemán— y olvidan que este último no fue particularmente consciente de los límites medioambientales y de recursos del planeta. Llegado el caso, esquivan los textos de Marx — no faltan — que revelan de su lado una incipiente conciencia ecológica. Agregaré, en suma, que de manera llamativa algunos de estos críticos del decrecimiento no parecieron observar en su momento mayores problemas en la realidad política, económica, social y ecológica, nada estimulante, de los sistemas de tipo soviético que se hundieron en 1989-1991.

3. La tercera posición crítica bebe de lo que llamaré *izquierda insurreccionalista*. En este caso lo que destaca no es, como en el anterior, la voluntad de ignorar el relieve de la crisis ecológica que se nos viene encima, sino, antes bien, el propósito de subrayar que el del decrecimiento es un proyecto reformista que en los hechos no aspiraría a otra cosa que a adelgazar el capitalismo para que recupere su buen tipo de antaño. No se

trata de negar que determinadas modulaciones de la propuesta del decrecimiento bien pueden justificar ese temor; bastará con que mencione aquellas que contemplan en exclusiva cambios en la conducta individual y apenas asumen críticas del sistema imperante. Tomar la parte por el todo es, sin embargo, distorsionar la realidad, y en este caso supone ignorar que la mayor parte de las gentes que pelean por el decrecimiento lo hacen desde perspectivas manifiestamente anticapitalistas.

Es verdad que por detrás de estas disputas hay otra: mientras los sectores insurreccionalistas parecen esperar todo de un colapso general del sistema que se verá acompañado de una inevitable revolución —o aguardan una revolución que acelerará el colapso del sistema—, la mayoría de las posiciones decrecentistas, sin descartar lo anterior, consideran que hay que poner manos a la tarea de abrir espacios de autonomía con respecto al capitalismo, tanto por lo que implican de construcción de un mundo nuevo como por lo que tienen de acumulación de fuerzas y de difusión de visiones alternativas y contestatarias. El insurreccionalismo que ignora este horizonte corre el riesgo, por lo demás, de quedarse en el vacío. “Sentado en espera de la revolución, la silla no es mía; es del patrón”, decía una canción de Sérgio Godinho.

No está de más que añada que, en el caso de muchas de las personas que asumen las dos últimas posiciones críticas que he mencionado, es muy frecuente que, pese a todo, acepten el buen sentido de la mayoría de las propuestas precisas que nacen del decrecimiento y, con ellas, una parte significativa del diagnóstico general que éste promueve. A lo mejor es, sin más, cosa de tiempo.

LA TECNOLOGÍA SALVADORA

Acabo de señalar que cuando el discurso oficial se enfrenta con la propuesta del decrecimiento es muy común que sugiera que los innegables problemas que esta última identifica se resolverán una vez aparezcan tecnologías de muy diverso cariz. A menudo se ha señalado, por ejemplo, que el progresivo agotamiento, y el encarecimiento, del petróleo encontrará remedio de la mano del hallazgo de nuevas fuentes de energía.

No se trata de negar que tal cosa puede suceder: de lo que se trata es de asumir un elemental ejercicio de prudencia que nos permita garantizar que, en caso de que esas tecnologías no aparezcan, o no sean tan eficientes como algunos intuyen, podamos salir razonablemente bien parados. Se trata, en otras palabras, de operar como lo haría el *padre de familia diligente* del que hablé en su momento. No parece, sin ir más lejos, que la posibilidad, cierta, de que el ser humano venza, antes o después, a la ley de la gravedad aconseje que hoy empecemos a construir edificios sin escaleras ni ascensores... Esto al margen, tenemos que preguntarnos si nuestro estilo de vida hiperconsumista y despilfarrador nos hace realmente felices y justifica que decidamos arriesgarnos aun a costa de poder perderlo todo.

Pero, más allá de lo dicho, conviene llamar la atención sobre varias circunstancias importantes que rodean el debate sobre la tecnología. La primera da cuenta de una experiencia por la que ya hemos pasado muchas veces: la del desarrollo y despliegue de tecnologías visiblemente dañinas. A menudo ocurre que no es el ser humano quien controla esas tecnologías, sino éstas las que limitan las posibilidades de aquél. En para-

lelo no está de más que subraye que con enorme frecuencia se invierte en altísimas tecnologías cuya dimensión social es nula. Ello ha resultado muy común, en particular, en el terreno de la medicina, en el que han cobrado cuerpo especializadísimos dispositivos que están al servicio de una escueta minoría de la población mientras se abandonan las tareas más básicas de prevención, con los resultados esperables.

Conviene agregar una observación más, que en este caso nos obliga rescatar una opinión muy frecuente en los escritos de un pensador a quien ya he citado: John Zerzan. Para este último seríamos muy ingenuos si concluyésemos que las tecnologías que el capitalismo ha ido creando son neutras y pueden utilizarse en provecho de los proyectos más dispares, incluidos los más saludables. Zerzan señala, antes bien, que esas tecnologías llevan las más de las veces la huella del propio capitalismo, esto es, de la jerarquía, de la explotación y de la división del trabajo. Y añade que, en esas condiciones, su empleo en provecho de proyectos de emancipación e igualdad parece extremadamente difícil.

LOS MOVIMIENTOS POR EL DECRECIMIENTO

Los primeros movimientos que han defendido el decrecimiento, utilizando de manera expresa este término, surgieron hace un par de décadas en Francia y en Italia. Es importante subrayar, eso sí, que en los decenios anteriores buena parte de lo que llamaré *ecologismo radical* había abrazado ideas muy similares. Lo del decrecimiento, en otras palabras, no ha surgido de la nada: es en buena medida el producto de formas de pensar y de actuar que se han ido labrando poco a poco.

Al margen de lo anterior, éste es el momento adecuado para llamar la atención sobre una relativa paradoja: aunque la formulación principal de la perspectiva del decrecimiento se ha verificado en los dos países, Francia e Italia, que acabo de mencionar, una parte significativa de la práctica correspondiente se ha registrado, por el contrario, en el mundo anglosajón, ante todo de la mano del movimiento — ya me he referido a él— de las llamadas *Transition Towns* (ciudades en transición). En lo que se refiere a lo que nos es más cercano, hay que señalar que existe desde hace años un activo movimiento por el decrecimiento en Cataluña; en los últimos tiempos han ido proliferando iniciativas similares, no obstante, en lugares como Andalucía, Galicia —vinculadas también con Portugal—, Madrid, Navarra o el País Vasco. Es verdad, con todo, que, siendo importante el surgimiento de movimientos específicamente dedicados a defender el decrecimiento, no lo es menos que organizaciones que trabajan en ámbitos más generales hayan decidido imprimir un enfoque decrecentista al grueso de sus actividades. En un sentido paralelo, y a tono con algo que he adelantado unas líneas más arriba, son muchas las redes del mundo ecologista, de la economía social o del sindicalismo alternativo que en los hechos trabajan desde hace años en perspectivas muy próximas a la del decrecimiento.

Si alguien se pregunta quiénes son las personas que suelen optar, en su vida cotidiana y en sus opciones asociativas, por el decrecimiento, bien puedo responder identificando al respecto cuatro grupos humanos de perfiles más o menos diferenciados. Uno de ellos lo configuran —me he interesado ya por esta sintonía— segmentos enteros del movimiento ecologista, y en particular aquellos que son conscientes de la necesidad de contestar el capitalismo tanto desde el punto de vista social como desde el ecológico. Otro grupo importante lo aportan los libertarios, en la medida en que sus posiciones se

alejan claramente del *cortoplacismo* vinculado con las elecciones y en la medida en que hay corrientes importantes del pensamiento anarquista que han postulado de siempre principios afines a los del decrecimiento. También hay que referirse a la presencia en los movimientos decrecentistas de muchos cristianos de base —en general de creyentes de las más diversas adscripciones— marcados por las reglas de lo que en su momento he llamado sobriedad y sencillez voluntarias. Dejaré constancia una vez más, en fin, de la común sintonía de las mujeres con redes que se vinculan estrechamente con muchas de las prácticas del *trabajo de cuidados* al que me referí en su momento.

Es importante subrayar, aun con todo, que las prácticas decrecentistas no son en modo alguno exclusivas de movimientos sociales —y de activistas— con perfiles más o menos asentados. Sobran los ejemplos de cómo personas que no mantienen vinculación alguna con esos movimientos, y que no es fácil incluir en ninguna de las cuatro categorías humanas que acabo de mencionar —o en alguna otra más o menos cercana—, han acabado por asumir conductas decrecentistas. Clive Hamilton se ha referido a cómo en el mundo escandinavo se ha hecho relativamente común la figura de las personas de cierta edad que, tras perder su puesto de trabajo y toparse con enormes problemas para encontrar otro nuevo, descubren que viven mucho mejor con un subsidio público que equivale a un porcentaje reducido del salario que recibían cuando estaban insertos en lo que describí como un modo de vida esclavo. Pareciera como si la crisis, en otras palabras, abriese los ojos de muchos ciudadanos comunes. Así las cosas, aunque es lógico que, cuando se habla de decrecimiento, inmediatamente venga a la cabeza la imagen de activistas hiperconscientes de movimientos sociales críticos, no desdeñemos la posibilidad de que personas que en principio no parece se vayan a acercar a esos movimientos asuman, en virtud de su experiencia coti-

diana, posiciones y conductas como las defendidas desde la perspectiva del decrecimiento.

En el otro lado de la trinchera, el grueso de los partidos y de los sindicatos parece mantenerse alejado de posiciones decrecentistas. En lo que se refiere a los primeros, pesan por igual su general aceptación de las reglas del orden existente, por un lado, y sus visiones casi siempre *cortoplacistas*, por el otro. Estas últimas tienen su origen comúnmente en la clara opción de los partidos en provecho del juego de las elecciones y, en este marco, en su temor a asumir mensajes que puedan surtir efectos electorales adversos.

La mayoría de los sindicatos parece incapaz, por otra parte, de interesarse por algo más que los salarios, el empleo y las pensiones (aunque en realidad a menudo sucede que sus concesiones en estos terrenos obligan a concluir que ni siquiera eso les interesa). Son tres, en estas circunstancias, las preguntas principales que los trabajadores deberían hacerse. La primera es la relativa a cómo trabajamos. Las palabras *explotación* y *alienación* han desaparecido casi siempre, de forma dramática, del lenguaje de los sindicatos, cuando retratan dos condiciones vitales para entender lo que ocurre desde mucho tiempo atrás en el mundo del trabajo; han sido sustituidas por la productividad y la competitividad, que instauran el *todo vale* y una rotunda primacía de los intereses individuales (en primer lugar, claro, los de los empresarios). La segunda pregunta plantea para quién trabajamos. Era la pregunta principal suscitada por el sindicalismo de combate de antaño. Hoy lo que parece imperar, sin embargo, es la idea de que no hay otro horizonte que el del capitalismo, de tal suerte que hay que acatar las diferencias de clase correspondientes y el orden jerárquico que las acompaña. La tercera y última pregunta se refiere, en suma, a qué es lo que producimos, no vaya a ser que al amparo de esa producción estemos ratificando la ex-

plotación de muchos y la cancelación de los derechos de las generaciones venideras.

Que las cosas van mal en este terreno lo ilustra bien a las claras el hecho de que los trabajadores han ido perdiendo llamativamente su conciencia de clase en un escenario en el que se supone que los incrementos salariales permiten resolver todos los problemas. Ello es una dramática superstición. Y lo es, entre otras muchas razones, porque en las sociedades de la Europa occidental el costo de la vida ha subido de tal manera que ha quitado todo su peso a las presuntas ganancias derivadas de las subidas salariales operadas. La afirmación de que resolveremos algunos de nuestros problemas si, con el dinero que ganamos, accedemos a una enseñanza y a una sanidad privadas, de presunta mayor calidad que las públicas, es de nuevo una superstición que se asienta en el *sálvese quien pueda* y prefiere ignorar a quienes, y son mayoría, no pueden acceder a esos servicios.

Tal y como ya he señalado, y en relación con estas disputas, hay que prestar atención a un hecho importante: la posibilidad de que la crisis en curso, y el riesgo de un colapso venidero, con sus consecuencias a menudo dramáticas en términos de agresiones en toda regla contra derechos y libertades, haga al cabo que sectores importantes de la población empiecen a formular las preguntas necesarias y, más aún, asuman en su conducta cotidiana cambios que se muevan, de manera espontánea o consciente, en la línea del decrecimiento.



CINCO EJEMPLOS DE AHORA

En estas líneas se recogen cinco ejemplos que nos sitúan de lleno —al menos eso es lo que me gustaría— en el entorno en el que se produce, entre nosotros, el debate sobre el decrecimiento y en las consecuencias del enfoque que defiendo.

1. Hace unos años se registró una alarma planetaria vinculada con el riesgo de que el hambre se extendiese rápidamente a

amplias regiones hasta hace poco no especialmente afectadas por ella. Cuando los portavoces del Gobierno español se lanzaron a la tarea de explicar por qué se manifestaba ese riesgo, echaron comúnmente mano de argumentos que parecían sugerir que nos encontrábamos ante un proceso inevitable: el incremento en la demanda de alimentos por parte de economías en franco crecimiento como la china o la india, el encarecimiento de los costos de transporte de aquéllos derivado de la subida operada en los precios internacionales de la energía o, en suma, las secuelas de la aparición de los agrocarburos, que en muchos países pobres han sustituido a la agricultura tradicional. Sin negar que todos esos factores tenían su relieve, hay que señalar que había una explicación mucho más certera a la que, llamativamente, no se referían los portavoces gubernamentales: los intereses especulativos de las grandes empresas transnacionales de la alimentación, que luego de acabar con las agriculturas de subsistencia en muchos países pobres, parecían decididas a obtener, rápidamente, los máximos beneficios.

Cuando llegó el momento de buscar soluciones, el Gobierno español decidió acrecentar, al parecer de manera sensible, el dinero entregado a los países afectados para que, de esta manera, pudiesen adquirir alimentos en los mercados internacionales. Importa mucho subrayar lo que se hallaba por detrás: la medida en cuestión no alteraba en forma alguna las reglas del juego de un escenario claramente propicio a los intereses de las grandes empresas del sector. Se transfería dinero a los países pobres para que, sin discutir los precios prohibitivos establecidos por las transnacionales, y la trama general, siguiesen moviendo el carro del negocio de aquéllas. En esas circunstancias parece obligado preguntarse qué es lo que hace falta para que un Gobierno decida intervenir, sin más, un mercado; al parecer, la certificación de que lo que se hallaba en juego eran las vidas de millones de seres humanos no era un argu-

mento suficiente al respecto.

2. A finales de la primera década de este siglo el ministro de Industria español anunció a bombo y platillo que su ministerio se aprestaba a reducir en un 10 por ciento el consumo de energía. Bien está, pero tal vez había que preguntarse por qué el ministro en cuestión no les decía claramente a sus conciudadanos que debían actuar de la misma manera. La respuesta parecía sencilla: porque ello implicaría entrar en confrontación, en un grado u otro, con los intereses de poderosas empresas privadas. En los últimos años sólo en un ámbito preciso, el del agua, nuestros gobernantes nos han exhortado con claridad a reducir el consumo correspondiente. A duras penas puede ser casualidad que la economía del agua sea en la mayoría de los lugares una economía pública: cuando nos demandaban que redujésemos el consumo, nuestros responsables políticos no entraban en confrontación con significativos intereses privados.

Desde hace un tiempo, un puñado de organizaciones promueve una campaña, de carácter fundamentalmente simbólico, orientada a conseguir que una tarde del año reduzcamos a la nada, durante treinta minutos, nuestro consumo de electricidad. En 2007, la entonces ministra española de Medio Ambiente, Cristina Narbona —poco después fue sustituida—, tuvo el gesto de apoyar esa campaña. Al día siguiente escuchamos los agrios comentarios de repulsa formulados por los portavoces de las industrias eléctricas ante lo que entendían que era una injustificable intromisión de los poderes públicos en la lógica sagrada de la economía de mercado. Extraeré una conclusión rápida: lo habitual es que nuestros gobernantes defiendan el bien común... siempre y cuando no entre en colisión con los intereses de poderosas empresas privadas.

3. El entonces presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, presentó en el Congreso de los Dipu-

tados, en Madrid, un paquete de medidas contra la crisis que decidió situar bajo la etiqueta general de la sostenibilidad. Una de esas medidas era muy llamativa: un programa de ayudas públicas a la adquisición de automóviles privados. Era difícil encajar ese programa con la defensa de la sostenibilidad, un concepto que se vincula con la idea de que cada generación debe entregar a la siguiente como poco lo mismo que heredó de la anterior. Y es que uno de los elementos centrales de insostenibilidad de nuestras sociedades es, precisamente, el que nace del uso generalizado del automóvil privado.

Aunque a buen seguro que hay personas que residen en determinados lugares, o realizan determinados trabajos, que hacen inevitable el empleo del automóvil, sobran las razones para concluir que para la mayoría de nuestros conciudadanos el coche es antes una fuente de problemas. Quienes habitan, en singular, en las ciudades le sacan un provecho mucho mayor al transporte público y, en concreto, al ferrocarril. El transporte público permite garantizar razonablemente que se llega en hora, es ecológicamente mucho más defendible, resulta visiblemente más barato, permite realizar de forma simultánea otras actividades —invita, por ejemplo, a la lectura y al reposo— y facilita que se realice un mínimo y deseable ejercicio físico. Los libros sobre decrecimiento están llenos de exhortaciones dirigidas a quienes disponen de un coche para que calculen cuál es el porcentaje de las horas trabajadas necesario para mantener el automóvil en cuestión (mantenerlo significa comprarlo, pagar los impuestos, las reparaciones, la gasolina, el seguro, las multas...). ¿Cuántas horas de trabajo esclavo son necesarias para disponer de un automóvil y cuántas horas de libertad objetiva —descontemos, claro, el tiempo de los atascos— proporciona ese automóvil?

Por cierto que uno de los debates en ebullición en los últimos tiempos es el que suscita el llamado *coche eléctrico*, sobre el

papel mucho menos contaminante que los automóviles al uso. Aunque está bien que se procure diseñar vehículos menos contaminantes, la primera pregunta que deberíamos hacernos —que, por desgracia, y por razones fáciles de entender, no hace la industria automovilística— es la relativa a si precisamos o no esos coches. Hay razones poderosas para afirmar que en muchos casos podríamos prescindir ventajosamente de ellos. Esto al margen, la fabricación de los coches eléctricos es tan onerosa ecológicamente como la de los convencionales y los primeros, que contaminan menos por el tubo de escape, son a menudo portadores de supuestos adelantos —así, el aire acondicionado— que desmienten su presunta condición ecológicamente limpia.

4. Nada retrata mejor muchas de nuestras miserias que la alta velocidad ferroviaria. Tal vez por eso esta última es un motivo de orgullo para nuestros gobernantes, que presumen de que España es, después de China, el país del mundo con mayor número de kilómetros de alta velocidad.

Si tengo que enunciar los muchos problemas que rodean a la alta velocidad ferroviaria, el primero es el del destrozo medioambiental que provoca la construcción de las líneas correspondientes. El AVE (Alta Velocidad Española) no es, por lo demás, ninguna bicoca ecológica. No olvidemos que un tren como éste, que puede alcanzar los 300 kilómetros por hora, consume entonces nueve veces más energía que otro que se mueve a 100 kilómetros por hora. Los altos precios de los billetes del AVE han impedido, en fin, que su surgimiento se traduzca en la anunciada desaparición del tráfico aéreo que comunica las ciudades afectadas. La irrupción del AVE sí que ha coincidido en el tiempo, en cambio, con el cierre de muchas de las líneas del ferrocarril convencional, justificado sobre la base de que tales líneas no eran rentables. Hay que preguntarse qué hubiera ocurrido si los recursos faraónicos asig-

nados a la construcción de nuevas líneas del AVE —y a la de prescindibles autopistas— se hubiesen destinado, de forma mucho más inteligente y eficiente, a modernizar un sistema ferroviario convencional dejado en el olvido durante decenios.

Agregaré que sobran las razones para afirmar que allí donde aparece un AVE desaparecen todos los trenes convencionales, y baratos, que recorrían el mismo trayecto. El efecto principal es de desertización ferroviaria o, lo que es lo mismo, de deterioro de los servicios prestados a muchas localidades y personas. Por si poco fuera todo lo anterior, la alta velocidad ferroviaria exige la asignación de recursos ingentes para la construcción de líneas y trenes que van a ser disfrutados en exclusiva por la minoría adinerada de la población. Y es que el AVE tiene un carácter visiblemente no igualitario: mientras unos disfrutan de los trenes de alta velocidad, otros deben hacer frente a los efectos del cambio climático. El coste de los primeros se paga sobre la base de los padecimientos de los segundos y de la pesada deuda que se deja a hombros de los integrantes de las generaciones venideras.

5. Una de las soluciones mágicas que se ofrece al delicado panorama energético que nos acosa es la relativa a la energía nuclear. A pesar de la ambiciosa campaña desplegada por las industrias del sector, nada invita a otorgar a esa fuente de energía ningún papel salvador: la construcción de las centrales es muy onerosa en términos de cambio climático, la energía producida resulta siempre muy cara y reclama subvenciones públicas, nadie sabe qué hacer con los residuos generados y, en fin, las condiciones de seguridad dejan mucho que desear. Más allá de lo anterior, quienes quieren convertir la energía nuclear en nuestra tabla de salvación señalan que hay que multiplicar sensiblemente el número de centrales hoy existente, algo que reduciría inmediatamente nuestras ya ex-

haustas reservas de uranio. Aunque hay uranio en cantidades importantes en el planeta, para extraerlo son precisas cantidades ingentes de energía, con lo cual el problema reaparece.

En la primavera de 2010, Felipe González, el expresidente del Gobierno español, preguntado por el delicado panorama energético que se avecina, respondió que era preciso asumir tres medidas simultáneas: desplegar energías limpias y renovables, diversificar las fuentes de suministro y “reabrir mesuradamente” el debate relativo a la energía nuclear. Lo llamativo es que a González, claramente vinculado con los intereses de las grandes empresas del sector, no se le ocurrió mencionar la que parece solución más rápida y eficiente: reducir drásticamente el consumo. Para encarar la crisis que en este terreno es ya una realidad hay que acometer dos grandes medidas: desplegar, en efecto, energías renovables —bien que nunca al servicio de un estilo de vida despilfarrador y depredador— y reducir sensiblemente, claro, los niveles de consumo.



LAS CRISIS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Hace unos años se publicó en Francia un libro en cuyo propio título el autor subrayaba las semejanzas existentes entre la crisis de 1929 y la de los últimos tiempos. A buen seguro que cuando el responsable de ese texto echaba mano de tal comparación en modo alguno deseaba transmitirnos un mensaje tranquilizador. No olvidemos que la crisis de 1929 estuvo en

el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa del decenio siguiente, como estuvo en el origen —si así lo queremos— de la Segunda Guerra Mundial.

Y, sin embargo, y al menos en una de sus dimensiones importantes, la comparación se queda coja. ¿Por qué? Nos hemos acostumbrado a hablar de la crisis en singular para identificar la vertiente *financiera* de esta última y estamos olvidando a menudo que en la trastienda hay otras crisis, en plural. ¿En qué estoy pensando? En el cambio climático, una realidad que está ya ahí y que no tiene ninguna consecuencia saludable; en el encarecimiento inevitable, en el medio y en el largo plazo, de los precios de la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos; en la degradación de la situación de tantas mujeres; en la delicadísima explosión demográfica que afecta a regiones enteras o, por dejarlo aquí, en la prosecución del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres. Si cada una de esas crisis es inquietante por sí sola, la combinación de todas ellas resulta literalmente explosiva.

Los dos últimos decenios se han caracterizado por una formidable expansión del proyecto capitalista neoliberal. A su amparo, y en virtud de la llamada *desregulación*, han ido desapareciendo las normas que en el pasado permitieron ejercer algún tipo de control sobre el capitalismo y facilitaron el asentamiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de los *Estados del bienestar*. Gracias a éstos, y siempre dentro del capitalismo, se posibilitó en muchos países de la Europa occidental la consolidación de determinados derechos sociales, laborales y sindicales. El auge neoliberal a partir del decenio de 1980 se tradujo, sin embargo, en agresiones frontales contra los Estados del bienestar. No sólo eso: permitió, con el paso del tiempo, y en el marco general de la globalización, la consolidación de prácticas especulativas y el desvío en provecho de estas últi-

mas de buena parte de los recursos que antes, y mal que bien, alimentaban la producción y los servicios.

Las reglas de este juego macabro, que ha conducido a un visible empeoramiento de la situación de muchas personas, han sido abrazadas también por fuerzas políticas de cariz socialdemócrata. La distinción entre neoliberales y socialdemócratas bebió inicialmente de la idea de que para los primeros debía cancelarse todo tipo de intervención pública en la economía mientras para los segundos, en la línea de los Estados del bienestar, había que preservar determinadas intervenciones estatales encaminadas a garantizar derechos básicos y a corregir los excesos mayores del capitalismo. Semejante distinción ha ido diluyéndose, sin embargo, en la nada en provecho de proyectos de cariz claramente neoliberal. A tono con lo que he señalado unas líneas más arriba, en los últimos tiempos hemos visto cómo gobiernos formalmente socialdemócratas — así, algunos de los españoles— procedieron a reducir el gasto público en sanidad y en educación, no porque ese gasto fuese injustificadamente alto, sino para hacer frente a los desmanes generados por la especulación y la desregulación.

En este escenario, y vuelvo al principio, tiene sentido que me pregunte qué respuestas ha suscitado, en los últimos años, la crisis múltiple antes descrita. Distinguiré tres.

1. La primera se ha revelado entre los gobiernos occidentales sin excepción, sea cual sea su orientación, neoliberal o socialdemócrata. Tiene su principal reflejo en los programas de rescate de instituciones financieras en crisis desplegados por

todos esos gobiernos. En la esencia de esos programas está la idea, lamentable, de que quienes con sus operaciones especulativas causaron la crisis financiera deben verse ayudados con

recursos sustraídos, a través de los impuestos y de los recortes en salarios y pensiones, a quienes están padeciendo los efectos de esa crisis. Parece como si, para hacer frente a la crisis, se reflotasen los mismos mecanismos que nos han conducido a ella, en un impulso descaradamente neoliberal que en este caso, no sin paradoja, reclama el empleo de los recursos públicos al servicio de quienes antes decían rechazarlos orgulloosamente.

Los sucesivos gobiernos españoles, sin ir más lejos, no dudaron en reducir el gasto público en sanidad y en educación, en reducir los salarios de los funcionarios y en modificar el régimen de pensiones, mientras destinaban sumas millonarias a sanear cajas de ahorros al borde de la quiebra, amparaban amnistías fiscales, suprimían un impuesto —el del patrimonio— que gravaba ante todo a las rentas altas, subían otro —el IVA— que no tiene ninguna vocación igualitaria y a duras penas luchaban contra el fraude fiscal y contra la evasión de capitales. Al margen de todo ello, cuando nuestros gobernantes mantienen en pie gigantescas inversiones en trenes de alta velocidad y en autopistas, harían bien en explicarnos quiénes podrán utilizar estas últimas dentro de un tiempo, cuando el litro de gasolina cueste 4, 6 u 8 euros.

2. La segunda respuesta ha cobrado cuerpo en el seno de las fuerzas de izquierda que rechazan el modelo neoliberal pero no parecen tomar nota de la hondura de la crisis ecológica que nos atenaza. Esta respuesta se asienta ante todo en una defensa recia de los Estados del bienestar y parece interpretar que el capitalismo es un sistema todavía recuperable siempre y cuando, claro, vuelva a la regulación del pasado. Semejante demanda, que pide regresar a la situación anterior a la crisis, resulta un tanto ingenua: el capitalismo parece haber seguido con firmeza otro camino —con el apoyo, ya señalado, de gobiernos formalmente socialdemócratas— y más bien se incli-

na por acabar con la mayoría de los elementos de los Estados del bienestar. La respuesta que me ocupa ignora, por lo demás, que estos últimos configuran una fórmula que sólo ha adquirido peso en el Norte desarrollado y esquivan que, en el marco general de la crisis ecológica, la sola defensa de esos Estados, sin cambios sustanciales en las reglas del juego como los que reivindica el decrecimiento, es inviable. Y es que cada vez se acumulan más datos para concluir que lo que está en crisis no es el capitalismo desregulado, sino el capitalismo en sí mismo, regulado o desregulado.

3. La tercera respuesta, en suma, en la que se insertan buena parte de los defensores del decrecimiento, parte de la certeza de que el capitalismo —como señalé en un capítulo anterior— se halla inmerso en una irremediable corrosión interna, de tal suerte que aspirar a su reforma en provecho de criterios más civilizados carece de sentido. Y carece de sentido tanto porque no es ésa la intención de quienes dirigen el sistema actual como porque, aunque lo fuera, la crisis ecológica dibuja imperativos irrenunciables. Así las cosas, en esta posición se encuentran tanto quienes reclaman salir con urgencia del capitalismo como quienes, conscientes de la debilidad de los movimientos contestatarios, prefieren esperar, sin más, que el colapso del sistema abra los ojos de muchos. Los primeros, y acaso una parte de los segundos, se inclinan por defender, de cualquier modo, una combinación de las luchas sociales y anticoloniales de siempre, por un lado, y de un combate ecológico orientado a garantizar en plenitud los derechos de las generaciones venideras, por el otro. En tal sentido, su proyecto no tiene el cariz institucional que muestra el que ofrece la izquierda tradicional — no aspira a recuperar o a reformar instituciones—, sino que se propone generar autogestionariamente espacios de autonomía en un escenario de demanda expresa del decrecimiento y de cuestionamiento abierto de las formas de propiedad características del capitalismo.



HITLER COMO PRECURSOR

Más allá de las respuestas ante la crisis que acabo de examinar estoy obligado a prestar atención a un horizonte inquietante. En un libro traducido al castellano hace unos años — *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor,*

de Carl Amery— se nos señala que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes ochenta años atrás se vinculan con un momento histórico singularísimo y, por ello, afortunadamente irrepetible. Amery sugiere, muy al contrario, que debemos estudiar con detalle esas políticas porque bien pueden reaparecer entre nosotros en los años venideros, no defendidas ahora por ultramarginales grupos neonazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico. Éstos, cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina, se habrían lanzado a la tarea de preservar esos recursos escasos en unas pocas manos a través de medidas que implicarían la marginación, en el mejor de los casos, o el exterminio, en el peor, de buena parte de la población planetaria.

Es fácil intuir que muchas de las agresivas políticas que despliegan muchos de los países del Norte, y acaso las propias economías emergentes, hunden sus raíces en un proyecto de esa naturaleza. Otro tanto cabe decir, por proponer un ejemplo más, de muchas de las medidas que en los últimos años ha decidido aplicar la Unión Europea a los inmigrantes pobres que llegan a nuestras costas y aeropuertos.

Por detrás de un proyecto como el reseñado se pueden apreciar, por lo demás, riesgos muy graves. Hay quien habla, sin ir más lejos, de la posibilidad de una nueva guerra mundial. Las cosas como fueren, es importante subrayar que el capitalismo excluyente y depredador que impera en todo el planeta arrastra, pese a lo que dice el discurso dominante, una clara dimensión política: la de un proyecto que necesita activos mecanismos de represión y alienta en todo momento relaciones tensas y conflictivas. Para contrarrestar esa poderosísima pulsión nada mejor que oponer tres reglas que están en el origen de la propuesta del decrecimiento: la autogestión, la democracia directa y la descentralización.



SOBRE EL TÉRMINO ‘DECRECIMIENTO’

Se ha discutido mucho sobre si el término *decrecimiento* es el adecuado para describir lo que tengo entre manos. Admitiré desde el principio que no hay ningún término perfecto, y que

el de *decrecimiento* arrastra sus problemas. Bastará con recordar al respecto que en muchos ámbitos la palabra *crecimiento* tiene una dimensión claramente saludable — hablamos, por ejemplo, de *crecimiento personal* y le damos a esta expresión un sentido manifiestamente positivo—, por lo que a menudo resulta difícil entender que otorguemos esa misma dimensión a un término —*decrecimiento*— que es por muchos conceptos su contrario.

Dicho lo anterior, hay que señalar, sin embargo, que ninguna de las opciones alternativas que hasta hoy se han manejado para sustituir a la palabra *decrecimiento* ha tenido éxito. Si no han prosperado términos como *acrecimiento*, con el paso del tiempo nos hemos visto obligados a prescindir, por su enorme ambigüedad, de conceptos como los de *crecimiento sostenible* o *desarrollo sostenible*. Alguien dirá que, al fin y al cabo, lo que importa no es, con todo, la palabra que empleemos sino el acuerdo con respecto al proyecto de fondo. Es verdad. Pero importa subrayar que la palabra *decrecimiento* tiene un imprevisto atractivo que aconseja poner el acento en la necesidad de mantenerla. Son muchos los activistas del movimiento ecologista de siempre que reconocen abiertamente que el empleo de ese término ha permitido multiplicar de manera muy sensible el número de los asistentes a los actos públicos que organizan. Entiéndase bien lo que esto significa: esos activistas llevan muchos años hablando, en los hechos, de lo mismo, pero sólo una vez que han decidido vincular sus observaciones con el decrecimiento han conseguido romper fronteras infranqueables. Admitiré, eso sí, que ello puede deberse, no sólo al atractivo del proyecto correspondiente, sino, antes bien, al hecho evidente de que la crisis en curso ha convertido este último en una opción sugerente que antes no lo era tanto.

Tal vez una de las virtudes del término *decrecimiento* es la que nace de su condición abiertamente provocadora: si por

todas partes se nos dice que, en el terreno de la economía, tenemos que crecer —con resultados las más de las veces nefastos—, nosotros nos inclinamos orgullosamente por reivindicar, de manera franca, lo contrario. Si así se quiere, con esa palabra ha sucedido algo similar a lo que ha ocurrido con la pareja *antiglobalización/alterglobalización*. Son muchas las personas que han preferido, con claridad, el primero de esos dos términos por considerar que da cuenta de una voluntad de confrontación radical con la globalización capitalista que no es fácil apreciar, en cambio, de la mano de la palabra *alterglobalización*, una palabra, por lo demás, de difícil comprensión inmediata.

El atractivo del proyecto del decrecimiento —no hablo ahora del término, sino de lo que retrata— radica tal vez en dos circunstancias de sentido muy diferente. Mientras la primera nos recuerda esa dimensión provocadora y confrontacional que he señalado unas líneas más arriba, la segunda llama la atención, en cambio, sobre el hecho de que la filosofía decrecentista remite a percepciones y conductas que en realidad todos llevamos dentro de la cabeza. Cualquiera puede proponer ejemplos de su vida cotidiana que nos emplazan ante formas de pensar y actuar muy próximas a las reivindicadas por los teóricos del decrecimiento. Así las cosas, a lo provocador y lo confrontacional se suman la proximidad y la comprensión espontánea.

DEFENSA DE LOS LIBROS

El lector tiene derecho a preguntarse si este objeto que se encuentra entre sus manos, este libro, se ajusta mal que bien a las ideas que se han defendido en sus páginas. A primera vista

es un objeto de consumo más que, por añadidura, y en su elaboración, reclama del concurso de materias primas —ante todo, papel— que no precisamente nos sobran.

Encuentro en un texto francés de clara perspectiva decrecentista —Philippe Lahille, *Vivre simplement pour vivre mieux*— una defensa cabal de los libros que no está de más que retome aquí. Lahille nos recuerda, por lo pronto, que los libros son comúnmente portadores de cultura y razonablemente baratos. Se trata, en segundo término, de productos ecológicamente sostenibles: una vez se ha utilizado por vez primera el papel, con frecuencia procedente de bosques en los que se aplican procedimientos serios que garantizan la sostenibilidad, no hay que asumir operación alguna para mantenerlo ni el uso posterior exige el empleo de otra energía que la de la cabeza que reflexiona. Tienen, en otro terreno, una duración casi eterna y configuran, en ese sentido, un buen legado para las generaciones venideras. Por si todo lo anterior fuese poco, son fácilmente transportables y felizmente intercambiables. Que quede dicho.

UN EPÍLOGO PERSONAL

La primera edición de esta obra vio la luz hace ocho años. No me atreveré a afirmar que en ese período de tiempo la perspectiva del decrecimiento ha cambiado lo suficiente como para merecer una revisión en profundidad. Me contentaré con sugerir, de manera menos ambiciosa, que han adquirido carta de naturaleza algunos debates más o menos novedosos que en 2011, y en estas páginas, no recibieron la atención merecida.

No sin agregar, y esto es acaso más importante, que empiezan a acumularse los motivos para concluir que el entorno en el que se mueve la perspectiva en cuestión ha ido cambiando a medida que se hacían valer, no sin alguna paradoja, algunas de las realidades que los decrecentistas más pesimistas, o más lúcidos, anunciaban. Lo que, en sustancia, me propongo hacer en este epílogo es, dados esos antecedentes, abordar una suerte de estado de la cuestión que permita poner al día, desde un punto de vista muy personal, la propuesta del decrecimiento.

1. Cuando quien esto escribe empezó a trabajar en la perspectiva del decrecimiento, una de las inferencias que operaban por detrás era, a buen seguro, la idea de que las herramientas proporcionadas por aquélla debían tener el efecto, a primera vista saludable, de alejarnos del riesgo de un colapso general del sistema. Mi percepción en relación con esto ha cambiado, sin embargo, abruptamente. Y lo ha hecho por cuanto se acumulan los datos que sugieren que el colapso es difícilmente evitable o, por utilizar otra fórmula, muy probable. En semejante teatro parece que estoy llamado a concluir que las herramientas de las que acabo de hablar deben subordinarse a un propósito diferente: el de enseñarnos a movernos en el escenario propio de la sociedad que se abrirá camino después del colapso. Es fácil concluir, claro, que semejante cambio, no precisamente menor, afecta a la fundamentación de toda la perspectiva del decrecimiento.
2. Habrá observado ya el lector que me he acogido a una terminología que habla del decrecimiento como una *perspectiva*, y no como una *teoría* y, menos aún, como una *ideología*. Lo que quiero señalar al respecto es que conviene rebajar las ínfulas en lo que hace a las capacidades inherentes a la propuesta decrecentista. Esta última —ya lo he anota-

do en las páginas de esta obra— debe configurar un agregado, bien que importante, a otras cosmovisiones, que de resultas se verán vivificadas por su influencia.

Muchas veces he señalado —y permítaseme, a manera de ejemplo de lo que quiero subrayar, esta incursión personal— que soy un *libertario decrecentista*, y no un *decrecentista libertario*. El meollo de mi visión del mundo, y de mi manera de intervenir en él, lo ofrece la propuesta libertaria de la mano de conceptos como los de autogestión, democracia directa o apoyo mutuo. Lo que quiero subrayar es que en su despliegue material esos conceptos ganarán en calidad si incorporan una perspectiva decrecentista. Claro es que esta última no constituye el único agregado imaginable del que hay que echar mano. Cuantas veces he tenido la oportunidad he subrayado que a mi entender cualquier contestación del capitalismo en el momento en que estamos tiene que ser por definición decrecentista, autogestionaria, antipatriarcal e internacionalista. ¿Por qué? Porque si falta alguno de estos adjetivos, es muy sencillo que esté moviendo, acaso muy a su pesar, el carro del sistema que quiere, o que dice, contestar.

3. Aunque antecedentes de la perspectiva decrecentista los hay desde bastante antes —baste con mencionar los nombres de Nicholas Georgescu-Roegen, Ivan Illich o André Gorz—, ya he señalado que lo cierto es que aquélla se perfiló, allá por el cambio de milenio, de forma en los hechos simultánea en Francia y en Italia. Aunque la mayoría de las teorizaciones decrecentistas han seguido llegando de esos dos países, no parece que ni Francia ni Italia hayan destacado en particular en el despliegue de las prácticas correspondientes. Entre tanto, y no sin paradoja, pareciera como si en el mundo anglosajón faltasen las teorizaciones mientras, en cambio, se ha progresado en la aplicación de algu-

nos de los elementos de la perspectiva del decrecimiento. Baste con recordar al respecto, una vez más, el ascendiente del movimiento de las *Transition Towns*, las ciudades en transición. En él se han dado cita varios centenares de ciudades estadounidenses, canadienses, irlandesas, inglesas, australianas y neozelandesas que en esencia han procurado la aplicación de dos criterios fundamentales: estimular la economía local y reducir las dependencias energéticas. Aunque, hablando en propiedad, y por sí solos, esos dos objetivos no son sino una parte de la propuesta decrecentista, no cabe duda de que configuran elementos importantes de esta última. En realidad —y vuelvo a una cuestión anterior— no se trata de que en el mundo anglosajón falten las teorizaciones de corte decrecentista: lo que falta es un elemento unificador de esas teorizaciones como el que aporta la palabra *decrecimiento* y sus réplicas en las diferentes lenguas románicas (*décroissance*, *decrescita*, *decreixement* o *decrecimiento*).

Por lo que al Estado español se refiere, las primeras manifestaciones de la perspectiva decrecentista llegaron de la mano, ante todo, de la traducción de algunas de las obras de Serge Latouche. Esas manifestaciones medio se solaparon con el estallido de la crisis financiera internacional de 2007-2008, sin que los expertos se hayan puesto de acuerdo en lo que hace a si semejante solapamiento favoreció o, por el contrario, obstaculizó la expansión de la propuesta. Si los partidarios de la primera opción subrayaron la singularidad y originalidad de la percepción decrecentista de la crisis y del futuro, los segundos pusieron empeño en señalar la dificultad de sacar adelante una defensa de fórmulas de austeridad consecuente con el escenario de la crisis. No se olvide al respecto de esto último que nuestros gobernantes robaron esa palabra, *austeridad*, de contenido visiblemente respetable y compartible, para ocultar lo que en los

hechos eran políticas de recorte del gasto social.

4. Una visión de los hechos relativamente extendida sugiere que de un tiempo a esta parte han ido ganando terreno las prácticas decrecentistas de corte libertario, vinculadas expresamente con la autogestión, con la democracia directa y con el apoyo mutuo antes mencionados. Carezco de elementos de juicio para valorar si ello es así. Me limitaré a señalar que parece existir una sintonía cierta entre las herramientas que maneja la propuesta libertaria y las que nacen del decrecimiento. Esto al margen, una y otra perspectiva tienen por definición un carácter no cortoplacista, circunstancia que, de nuevo, propicia la aproximación y, en su caso, la fusión.

Importa subrayar, aun con todo, el relieve de otro fenómeno que acaso está ganando terreno. Me refiero al progresivo alejamiento entre muchos movimientos, y activistas de base, por un lado, y el estamento académico y de investigación vinculado con el decrecimiento, por el otro. En este orden de cosas, unas semanas antes de la redacción de estas líneas vio la luz una carta abierta suscrita por varias docenas de profesores e investigadores que, muy alejados de cualquier horizonte libertario o libertarizante, demandaban unas u otras actitudes de las instituciones europeas y reclamaban de los Estados miembros de la UE la creación de ministerios por la transición ecológica. No parece que sea ésa la perspectiva que abrazan, sin embargo, muchos de los movimientos y activistas de base recién invocados.

5. Aunque, tal y como lo he sugerido, hay herramientas importantes que, comunes, explicarían la sintonía entre el decrecimiento y el mundo libertario, no conviene desdeñar el influjo de otro factor. Me refiero al hecho de que, de arriba, de las instituciones, no llegan precisamente buenas noticias en lo que respecta a la manifestación de una conciencia

clara en lo que atañe a las demandas planteadas desde la perspectiva del decrecimiento.

Y no estoy pensando ahora en las instituciones como tales, sino, antes bien, en las fuerzas políticas de izquierda que en ellas han decidido instalarse. Bastará con que recuerde al respecto que no hace mucho se difundió un manifiesto, el titulado “Última llamada”, que retrataba de manera fidedigna el lugar al que hemos llegado y el escenario de colapso que se prepara al amparo de la sinrazón de este momento. Ese manifiesto fue llamativamente suscrito por algunos de los principales líderes de los partidos de la izquierda española. No consta, sin embargo, que, con posterioridad, esas personas hayan mostrado ningún compromiso con la causa que entonces dijeron defender. Pablo Iglesias designó a dos economistas de corte tradicionalmente socialdemócrata para ultimar el programa económico de Podemos. Alberto Garzón sigue gestionando en Izquierda Unida una propuesta aberrantemente productivista y desarrollista. Y, por dejarlo ahí, Juan Carlos Monedero nos recuerda que el decrecimiento no da votos.

Mucho me temo que en estas condiciones estoy obligado a hilvanar dos conclusiones. La primera me recuerda que las fuerzas políticas que acabo de invocar, y algunas más, plantean discusiones interesantes en lo que hace a la condición del régimen que padecemos, pero poco o nada nos dicen sobre la naturaleza del sistema que se encuentra por detrás. Cuando hablo del régimen estoy pensando en el bipartidismo, en la corrupción o en la propia disputa relativa a la república y a la monarquía. Cuando me refiero, en cambio, al sistema, lo que tengo en mente es todo aquello de lo que, significativamente, no hablan, con su lamentable cortoplacismo, los tertulianos de radios y televisiones: el capitalismo, el trabajo asalariado, la mercancía, la explota-

ción, la alienación, la sociedad patriarcal, las guerras imperiales, la crisis ecológica, el colapso... La segunda de las conclusiones me obliga a subrayar que no conozco ningún ejemplo consistente y prolongado que ilustre cómo desde las instituciones se ha apoyado el asentamiento de espacios autónomos autogestionados como los que unas líneas más adelante procederé a defender. Sí los conozco, en cambio, y muchos, de cómo iniciativas que tenían una vocación rompedora se han diluido en la nada de esas instituciones.

6. Tiene su relieve el hecho de que muchos de los conceptos que emplea la perspectiva del decrecimiento exhiben una dimensión generacional que obliga a concluir que, de resultados, adquieren significados eventualmente diferentes. Me parece evidente, por ejemplo, que los conceptos de *sobriedad* y *sencillez voluntaria* muestran significados distintos a los ojos de alguien que nació en 1930, de alguien que lo hizo en 1970 o de alguien que tiene hoy veinte años de edad.

Permítaseme que rescate un par de ejemplos que reflejan lo que quiero decir. El primero nos habla de una figura que ha desaparecido en nuestros trenes: la de un anciano, o una anciana, que procedía a comer en el tren y que, al efecto, sacaba un bocadillo y una pieza de fruta. El arrobó con que manoseaban y con que contemplaban esos alimentos sólo podía explicarse porque en algún momento de su vida les habían faltado. Quienes nacimos después tenemos una relación mucho más fría con los alimentos. Parece como si diésemos por descontado que están ahí, a nuestra disposición, de tal suerte que nada hay que hacer para conseguirlos. Y que no hay motivo alguno para preguntarse por cómo han llegado hasta nosotros. Creo que la actitud de ese anciano, o de esa anciana, es, visiblemente, más serena y más lúcida que la nuestra.

Voy a por un segundo ejemplo que, de sentido contrario, me

retrotrae a mi actividad académica de los últimos años. El despliegue del llamado plan de Bolonia en las universidades se ha materializado, en una de sus dimensiones principales, en el desarrollo de un sinnúmero de seminarios que, en lo que a mí se refiere, decidí dedicar a la organización de debates con los alumnos. En el transcurso de esos debates me sorprendió, y no precisamente de forma agradable, el eco que sobre la cabeza de la mayoría de esos alumnos tiene la idea de que las sociedades sólo progresan en virtud de una apuesta inocultada en provecho de la competición, del codazo más descarnado. Y obligado estoy a admitir que desmantelar esa percepción, que innegablemente no sale de la nada, es tarea ardua. No me quedaba otra opción que, generacionalmente, recordar —supongo que con rendimiento muy liviano— que hay otra dimensión en la vida de la especie humana: la que invoca el peso de la solidaridad y de la cooperación.

7. Cerca de la perspectiva del decrecimiento hay otros muchos movimientos que comparten, en un grado u otro, sus fundamentos. No parece de más que mencione, a guisa de ejemplo, el ascendente de los ya invocados movimientos por la lentitud. El más connotado de ellos es, sin duda, el vinculado con la *slow food*, con la comida lenta. Sabido es que esa iniciativa reivindica que dediquemos más tiempo al acto de comer, que recuperemos la dimensión social y de comunicación que acompañó a ese acto en el pasado y que hagamos por saber cuál es el origen, y cuáles son, en su caso, las bondades, de los alimentos que ingerimos. Para decir toda la verdad, no estará de más que recuerde que, como a menudo sucede, algunas de las manifestaciones del movimiento por la comida lenta han sido usurpadas por la lógica del sistema. Años atrás me topé con un folleto de *slow food Bilbao* que, con toda evidencia, había sido promocionado por algunos de los restaurantes más caros de la

capital vasca. Ofrecían comida lenta a quienes de siempre, o casi siempre, han comido lentamente: los ricos. No parece que sea ésa, claro, la perspectiva de un movimiento que en su definición inicial, rotunda, tiene una dimensión social e igualitaria.

El relativo a la comida no es el único movimiento que reivindica la lentitud.

Hay, sin ir más lejos, un muy sugerente movimiento que reclama una educación lenta y que, así las cosas, promueve una educación que se aleje de los ritmos hiperproductivistas, de la obsesión de cumplir puntillosamente un programa, que hoy impregna todas las actividades regladas. Pero hay también un movimiento por un periodismo lento que reivindica —sospecho que con éxito limitado— un radical alejamiento de las prisas y de las urgencias que marcan indeleblemente la actividad correspondiente.

8. Al principio de este texto he invocado la palabra *colapso*. Entenderé por tal un golpe muy fuerte que trastoca muchas relaciones, la irreversibilidad del proceso consiguiente, profundas alteraciones en lo que se refiere a la satisfacción de las *necesidades básicas*, reducciones significativas en el tamaño de la población, una general pérdida de complejidad en todos los ámbitos, acompañada de una creciente fragmentación y de un retroceso de los flujos centralizados, la desaparición de las instituciones previamente existentes y, en fin, la quiebra de las ideologías legitimadoras, y de muchos de los mecanismos de comunicación, del orden antecesor. Cierto es que sobre el concepto que me ocupa pende una discusión importante: la de si estamos hablando de una posible realidad futura o debemos hacerlo, por el contrario, de un fenómeno infelizmente presente, ahora mismo, para muchos seres humanos. Me limitaré a señalar al respecto que se antoja difícil explicar qué es el

colapso a una niña nacida en la franja de Gaza...

Dos son las causas mayores que permiten augurar un colapso general del sistema: el cambio climático —con sus conocidas secuelas: incremento general de las temperaturas, subida del nivel del mar, progresivo deshielo de los polos, desaparición de muchas especies, desertización, deforestación, problemas en el despliegue de la agricultura y la ganadería—, por un lado, y el agotamiento de todas las materias primas energéticas que hoy empleamos, por el otro. No parece haber sustitutos para éstas ni en el corto ni en el medio plazo, y aquellos que pueden imaginarse reclaman de transformaciones onerosísimas que invitan a concluir que también en este terreno llegaremos tarde. Cierto es que junto a estos dos factores mayores hay otros que, de relieve aparentemente menor, podrían officiar, sin embargo, como elementos multiplicadores de las tensiones. Estoy pensando, al amparo de una enunciación telegráfica, en la crisis demográfica, en una delicadísima situación social previsiblemente acompañada de una extensión del hambre y de problemas graves de acceso al agua en numerosas regiones, en la expansión de muchas enfermedades, en un entorno cada vez más invivible para las mujeres —aportan el 70 por ciento de los pobres y un 78 por ciento de los analfabetos—, en el efecto multiplicador de las crisis financieras —en forma de inestabilidad, pérdida de confianza e incertidumbre—, en la proliferación de violencias varias —entre las cuales a buen seguro destacará la que asumirá, asume ya, la forma de genuinas guerras de rapiña asestadas por las grandes potencias en busca de las materias primas que les faltan— o, en suma, en los efectos negativos que se derivan de la idolatría que merecen la tecnología y el propio crecimiento económico.

Aunque responder a la pregunta correspondiente exige do-

sis de especulación evidentes, tiene sentido hurgar en la condición previsible de la sociedad poscolapsista. Uno de sus rasgos principales será, a buen seguro, la escasez de energía, que presumiblemente dará al traste con la civilización del automóvil y con el comercio mundial tal y como hoy lo conocemos, al amparo de un proceso de genuina desglobalización. Otro lo aportará el hecho de que el colapso bien puede ser un golpe muy fuerte para muchas de las estructuras de poder y dominación, castigadas en virtud de su dependencia con respecto a tecnologías y energías de difícil disposición. En este orden de cosas es sencillo que quiebren los distintos monopolios que acompañan al Estado: el de la fuerza, el de la elaboración de las leyes, el de los servicios públicos, el de la regulación del dinero o, incluso, el de la recaudación de impuestos. La trama económica se verá indeleblemente marcada por la reducción del crecimiento, el cierre masivo de empresas, un desempleo generalizado, la desintegración de los ya de por sí maltrechos Estados del bienestar y la subida de los precios de los productos básicos. En ausencia de crecimiento, lo suyo es que se produzca una crisis sin fondo del sistema financiero a la que se sumarán problemas sociales muy agudos. Aunque el golpe será, sin duda, más fuerte en las ciudades, sus efectos se harán valer también en el mundo rural, en donde se harán sentir las secuelas de la mala gestión de los suelos, del monocultivo, de la mecanización y de la mercantilización. Se verificará, en fin, una reducción general de la población, en el buen entendido de que lo previsible es que esa reducción se ajuste a patrones diferentes según unas u otras regiones.

9. La respuesta ante el riesgo, y ante la realidad, del colapso bien puede organizarse en torno a seis verbos: decrecer, rrruralizar, destecnologizar, despatriarcalizar, descomplejizar y descolonizar nuestras sociedades. Esquivaré ahora el

primero de esos verbos, que da sentido general a este libro. El segundo, rerruralizar, recuerda que muchas de las ciudades han escapado visiblemente de nuestras manos, de tal manera que se impone recuperar un sinfín de elementos de sabiduría popular, y un sinfín de prácticas cotidianas, característicos del medio rural. Las cosas como fueren, quienes son moderadamente conscientes del riesgo de un colapso general del sistema saben que una de las pocas respuestas eficientes de las que disponemos al respecto es la que pasa por recuperar la vida rural que acabo de mencionar.

Admitiré de buen grado que el tercer verbo, destecnologizar, incorpora cierta dimensión provocadora. Si tengo que enunciar el argumento de manera más mesurada, diré que creo que estamos en la obligación de analizar críticamente cuál es la condición de las tecnologías que el sistema nos regala, no vaya a ser que no exhiban esa naturaleza liberadora y emancipadora que a menudo les atribuimos, o no vaya a ser que no resulten tan neutras como parecen.

Por lo que se refiere al cuarto de los verbos, despatriarcalizar, lo suyo es que recuerde que los espacios autónomos que reivindicaré enseguida han progresado, y a menudo notablemente, en materia de autogestión y desmercantilización, para conservar, sin embargo, e infelizmente, muchos de los rasgos propios de la sociedad patriarcal. Creo que, a la luz de datos como los que mencioné antes en lo que atañe a la presencia de la pobreza y del analfabetismo entre las mujeres en todo el planeta —agregaré ahora que según una estimación éstas realizan el 67 por ciento del trabajo para recibir un escueto 10 por ciento de la renta—, está servida la conclusión de que se equivocan quienes piensan que se halla en afortunado proceso de resolución la atávica marginación, simbólica y material,

que padecen la mayoría de aquéllas.

El quinto verbo invoca la necesidad de descomplejizar nuestras sociedades.

Hemos aceptado sociedades cada vez más complejas, con un correlato delicado: cada vez somos más dependientes, cada vez somos menos independientes. En virtud de una excelsa paradoja, muchos de los desheredados de los países del Sur se encuentran mejor preparados que nosotros para afrontar el colapso que se avecina: residen en pequeñas comunidades, han mantenido una vida social mucho más rica que la nuestra, han preservado una relación mucho más fluida con el medio natural y son, al cabo, mucho más independientes que nosotros. Si queremos recuperar independencia, inevitablemente tendremos que apostar por sociedades menos complejas.

He hablado, en suma, de la urgencia de descolonizar mentes y realidades. En el Norte rico tenemos que dejar atrás la pretensión de disponer de una civilización superior que debe ser impuesta a los demás y, con ella, debemos prescindir de los numerosos códigos eurocéntricos que nos acompañan. Lo anterior reclama reflexionar críticamente sobre la historia pasada y subrayar al respecto el vigor de las muy numerosas comunidades indígenas que desde tiempo inmemorial, y en los cinco continentes, han desplegado prácticas de apoyo mutuo y autogestión. Y exige también restituir lo robado, garantizar el derecho de autodeterminación de los afectados y, en muchos ámbitos, aprender de ellos.

10. En los circuitos alternativos la perspectiva del colapso provoca —algo de esto ya lo he señalado— dos reacciones diferentes. La primera es crudamente realista y nos dice que no nos queda más remedio que aguardar a que llegue el momento del colapso en cuestión. Éste —se agrega— permitirá que muchas personas tomen nota de la sinrazón de sus vidas y

de sus deberes para el futuro. Semejante respuesta arrastra, claro, sus problemas. Si, por un lado, exhibe cierto carácter desmovilizador, por el otro parece ignorar que el colapso se traducirá, por definición, en una reducción dramática de nuestra capacidad para encarar problemas ingentes.

La segunda respuesta sugiere que la mayor prioridad del momento debe consistir en salir con urgencia del capitalismo, y que lo que al respecto hoy está a nuestro alcance es abrir —lo diré una vez más— espacios autónomos autogestionados, desmercantilizados y, ojalá, despatriarcalizados. Importa subrayar que esos espacios existen ya. Estoy pensando en lo que significan los grupos de consumo, muchas de las ecoaldeas, las cooperativas integrales, algunas de las formas de banca ética y social que han ido germinando o, por dejarlo ahí, las iniciativas que han permitido que los trabajadores se hagan, en régimen

autogestionario-cooperativo, con el control de muchas empresas que se hallaban al borde del cierre. Es importante, eso sí, que todos estos proyectos hagan un esfuerzo para federarse y que acrecienten su dimensión de confrontación con el capital y con el Estado. Pervive, aun con ello, una discusión relativa a para qué van a servir los espacios de los que hablo. Mientras unos responden que su cometido fundamental seguirá siendo pelear para evitar el colapso, otros entienden, en cambio, que su sentido mayor será el de configurar escuelas que nos permitan afrontar los retos de la sociedad poscolapsista.

11. No es cierto que el capitalismo carezca de respuesta ante el colapso. Ocurre, eso sí, que la que probablemente se halla en ciernes es, en sí misma, una forma de colapso. Me refiero a lo que empieza a llamarse *ecofascismo*. Ya sé que el término resulta moderadamente sorprendente, toda vez que estamos acostumbrados a concluir que el prefijo *eco-* acompaña siempre a realidades saludables o, al menos, neutras. Bueno será

que recuerde, sin embargo, que en el Partido Alemán Nacional Socialista, el partido de Hitler, operó un activo grupo de presión de carácter eventualmente ecologista, empeñado en defender la vuelta al mundo rural, en criticar las consecuencias negativas de la urbanización y de la industrialización, y, llegado el caso, en postular el despliegue de prácticas vegetarianas.

En el núcleo de la propuesta ecofascista está, a tono con las tesis de Amery que he manejado en su momento, la idea de que en el planeta sobra gente. De resultas, se trataría de marginar a quienes sobran —esto ya lo hacen—, en la versión más moderada, o de exterminarlos directamente, en la más dura. Conviene que subraye, aun así, que el escenario que prepara el ecofascismo no parece ajustarse a la metáfora de una tercera guerra mundial, sino, antes bien, al de un horizonte neofeudal en el que los restos del viejo orden —ya sugerí que, previsiblemente, debilitados— se enfrentarían a un sinfín de iniciativas de muy diverso corte, con resultado incierto.

12. Extraigo tres grandes conclusiones de lo que he intentado relatar en este epílogo. La primera me invita a señalar, con todas las cautelas que procedan, que nuestras posibilidades de esquivar el colapso se van reduciendo dramáticamente. Acaso lo que hoy está a nuestro alcance es postergar un poco aquél y mitigar un tanto sus consecuencias más negativas. Ni el cambio climático parece frenable ni estamos en condiciones de cancelar el progresivo agotamiento de las materias primas energéticas.

La segunda obliga a subrayar las enormes dificultades que se presentan a la hora de dar crédito a la idea de que la respuesta ante todos estos problemas debe llegar de las instituciones. En la abrumadora mayoría de los casos éstas se hallan manifiestamente sometidas a los intereses de poderosas corporaciones económico- financieras, apuestan, en el mejor de los escena-

rios, por un capitalismo verde que concibe la ecología como un negocio y despliegan fórmulas de un cortoplacismo aberrante. Cuando esto último no es así, su apuesta se acerca a menudo a lo que unas líneas más arriba he descrito como ecofascismo.

Agregaré, en suma, que el sistema que padecemos muestra una ingente habilidad: la de conseguir que no hagamos las preguntas importantes. Se nos dice una y otra vez, por ejemplo, que tenemos que buscar nuevas fuentes de energía que nos permitan conservar, y en su caso acrecentar, lo que hemos alcanzado, sin ofrecernos la oportunidad de discutir lo principal: ¿realmente nos interesa preservar eso que *hemos* obtenido o, por el contrario, bien podríamos prescindir, con muchas ventajas, de muchos de sus elementos?

BIBLIOGRAFÍA SOBRE DECRECIMIENTO

ACOSTA, Alberto (2013): *El buen vivir*, Icaria, Barcelona.

AMERY, Carl (2002): *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México.

ASOCIACIÓN VÉSPERA DE NADA (2013): *Guía para o descenso enerxético*, Véspera de Nada, s. l.

BAYON, Denis; FLIPO, Fabrice; SCHNEIDER, François (2011): *Decrecimiento: 10 preguntas para comprenderlo y debatirlo*, El Viejo Topo, Barcelona.

BESSET, Jean-Paul *et al.* (2008): *Una sola Terra. El decreixement per salvar la Terra*, Diputació de Barcelona, Barcelona.

CACCIARI, Paolo (2010): *Decrecimiento o barbarie*, Icaria, Barcelona.

CARRASCO, Cristina; TORNS, Teresa y BORDERÍAS, Cristina (eds.) (2011): *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

CASTORIADIS, Cornelius (2006): *Una sociedad a la deriva*, Katz, Madrid. CHEYNET, Vicent (2009): *Objetivo: decrecimiento*, Leqtor, Barcelona.

D'ALISA, Giacomo; DEMARIA, Federico y KALLIS, Giorgos (2015): *Decrecimiento: vocabulario para una nueva era*, Icaria, Barcelona.

DOMÈNECH, Joan (2009): *Elogi de l'educació lenta*, Graó, Barcelona.

GADREY, Jean; MARCELLESI, Florent y BARRAGUÉ, Borja (2013): *Adiós al crecimiento. Vivir bien en un mundo solidario y sostenible*, El Viejo Topo, Barcelona.

GARCÍA CAMARERO, Julio (2009): *El crecimiento mata y genera*

- crisis terminal*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- (2010): *El decrecimiento feliz y el desarrollo humano*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- (2013): *El crecimiento medido y transitorio en el Sur*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- (2017): *Manifiesto de la transición hacia el decrecimiento feliz*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas (2007): *Ensayos bioeconómicos. Antología*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- GORZ, André (2008): *Crítica de la razón productivista. Antología*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- HAMILTON, Clive (2006): *El fetiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona.
- ILLICH, Ivan (1975): *La convivencialidad*, Barral, Barcelona.
- LATOUCHE, Serge (2007): *La otra África*, Asociación Cultural OZZEBAP, Barcelona.
- (2007): *Sobrevivir al desarrollo*, Icaria, Barcelona.
- (2009): *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona.
- (2009): *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona.
- (2012): *Salir de la sociedad de consumo*, Octaedro, Barcelona.
- (2012): *La sociedad de la abundancia frugal*, Icaria, Barcelona.
- MONSANGINI, Giorgio (2012): *Decrecimiento y justicia Norte-Sur. O cómo evitar que el Norte Global condene a la humanidad al colapso*, Icaria, Barcelona.
- PULEO, Alicia (2011): *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Cátedra,

Madrid.

RABHI, Pierre (2013): *Hacia la sobriedad feliz*, Errata Naturae, Madrid.

RIDOUX, Nicolas (2009): *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, Los Libros del Lince, Barcelona.

SEMPERE, Joaquim (2009): *Mejor con menos: necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Crítica, Barcelona.

SHIVA, Vandana y MIES, Maria (2016): *Ecofeminismo*, Icaria, Barcelona.

VV AA (2008): “Decrecimiento sostenible”, monográfico de *Ecología política*, nº 35.

VV AA (2008): “¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?”, monográfico de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 102.

VV AA (2010): *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Índice

PRÓLOGO

¿TAN BUENO Y SALUDABLE ES EL CRECIMIENTO ECONÓMICO? EL HECHIZO DE LAS GRANDES CIFRAS

LAS MISERIAS DEL PRODUCTO INTERIOR BRUTO

LOS GRANDES PROBLEMAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI LA HUELLA ECOLÓGICA

CRECIMIENTO, CONSUMO Y BIENESTAR LA PROPUESTA DEL DECRECIMIENTO

EL ARRAIGO DE LOS PRINCIPIOS DEL DECRECIMIENTO MENOS COMPLEJOS, MENOS URBANOS DECRECIMIENTO Y DEMOGRAFÍA

EL ECOFEMINISMO

¿QUÉ PODEMOS HACER? DECRECIMIENTO Y PAÍSES DEL SUR SALIR DEL CAPITALISMO

LAS CRÍTICAS AL DECRECIMIENTO LA TECNOLOGÍA SALVADORA

LOS MOVIMIENTOS POR EL DECRECIMIENTO CINCO EJEMPLOS DE AHORA

LAS CRISIS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI HITLER COMO PRECURSOR

SOBRE EL TÉRMINO ‘DECRECIMIENTO’ DEFENSA DE LOS LIBROS

UN EPÍLOGO PERSONAL

BIBLIOGRAFÍA SOBRE DECRECIMIENTO